



**Universidad Nacional Autónoma De México
Facultad de Estudios Superiores Iztacala**

**EL PROCESO MULTIDIMENSIONAL DEL
DESARROLLO DE LA IDENTIDAD DEL INDIVIDUO
MEXICANO**

TESIS

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN PSICOLOGÍA**

**P R E S E N T A:
ERICK ROMÁN CORTÉS GRIMALDO**

Número de cuenta: 41101918-7

Generación 2010 – 2014

DIRECTOR DE TESIS

Mtro. José René Alcaraz González

Mtra. Carolina Rosete Sánchez

Lic. Marcos Benjamín Nieto Olvera



Los Reyes Iztacala, Edo de México, 2019



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INDICE

- **Agradecimientos**
- **Introducción**
- **Capítulo 1: La Complejidad en el estudio de la Cultura Mexicana**
 - 1.1 La Complejidad en el estudio de las distintas dimensiones del ser humano
 - 1.2 El método de Morin
 - 1.3 Las distintas dimensiones de la cultura
 - 1.4 La cultura del mexicano
- **Capítulo 2: El desarrollo de la identidad**
 - 2.1 Identidad personal
 - 2.1.1 0-2 años de edad
 - 2.1.2 2-4 años de edad
 - 2.1.3 5-7 años de edad
 - 2.1.4 6-12 años de edad
 - 2.2 La identidad comunitaria
 - 2.3 La identidad nacional
- **Capítulo 3: El papel del contexto nacional mexicano en la construcción de la identidad**
 - 3.1 Historia de México
 - 3.2 Las instituciones políticas de México
 - 3.2 Características de las instituciones educativas en México
 - 3.3 Las raíces de la cultura familiar mexicana
- **Capítulo 4: La construcción de la identidad del mexicano**
 - 4.1 Perfiles de personalidad del mexicano
 - 4.1.1 Mexicano pasivo y obediente afiliativo
 - 4.1.2 Mexicano rebelde activamente autoafirmativo

- 4.1.3 Mexicano con control interno activo
 - 4.1.4 Mexicano con control externo pasivo
 - **4.2 Características del desarrollo de la identidad de los mexicanos**
 - 4.2.1 Características de los estilos de crianza familiar en México
 - 4.2.1.1 Cambios a la estructura familiar por las condiciones del contexto social mexicano
 - 4.2.2 Desarrollo de psicopatologías relacionadas al contexto socioeconómico
 - 4.2.2.1 Desarrollo de patrones disfuncionales de comportamiento relacionadas a las diferencias de género por la cultura mexicana.
- **Cap. 5: Análisis multidimensional de la identidad del mexicano**
 - **5.1 Contexto**
 - 5.1.1 Contexto epistemológico
 - 5.1.2 Contexto microsociológico
 - 5.1.3 Contexto macrosociológico
 - **5.2 Globalidad**
 - 5.2.1 Relación familia – individuo
 - 5.2.2 Relación sociedad – individuo
 - 5.2.3 Relación nación – individuo
 - 5.2.4 Relación globalización – individuo
 - 5.2.5 Relación individuo – mundo
 - **5.3 Multidimensionalidad**
 - 5.3.1 Estructura biológica del mexicano
 - 5.3.2 Estructura de la personalidad del individuo
 - 5.3.3 Estructura familiar del mexicano
 - 5.3.4 Estructura social del mexicano
 - 5.3.5 Estructura cultural de México

- 5.3.6 Estructura política de México

- **5.4 Complejidad**

- **Conclusiones**

- **Bibliografía**

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, agradezco a quien posa sus ojos en este escrito con la intención de leer este documento, ya sea por revisión, consulta académica, curiosidad o el motivo que sea.

Agradezco a René Alcaraz, mi asesor de tesis quien ha sido extraordinariamente paciente, además de ser guía y mentor desde los primeros años de mi formación universitaria.

Agradezco a Román Cortés, mi padre, quien fue el que sembró la semilla del interés por el conocimiento y el mundo de las ideas que está más allá de lo tangible.

Agradezco a Rosy Grimaldo, mi madre, quien no sólo me dio el don de la vida, sino quien también me ha apoyado para que pueda construirme un futuro brillante.

Agradezco a Irene Hernández, mi madre, quien sin su cariño y sabiduría no hubiera podido llegar hasta donde estoy y ser el hombre que soy.

Agradezco a Claudia Ivonne, mi hermana, quien ha sido inspiración y ejemplo de lo que debe ser una persona profesional.

Agradezco a Kevin Zabdiel, mi hermano, quien ha sido un compañero de juegos, de historias, de experiencias y novedades.

Agradezco a Arely Rivera, mi novia, quien su cariño y compañía me ha ayudado a superarme a mí mismo.

Y también a muchos amigos y compañeros de carrera con quienes he compartido experiencias y conocimiento.

Y por supuesto, gracias a Ricardo Lima.

INTRODUCCIÓN

El presente proyecto de titulación es una revisión teórica que pretende describir el proceso del desarrollo psicológico de la identidad del individuo mexicano en el contexto nacional mexicano.

El verdadero motivo que ha impulsado la creación de este trabajo teórico es, en primera instancia, mi propia vivencia, y dada la naturaleza del tema, debo expresar desde un principio que sería imposible realizar esta empresa sin eventualmente llegar a considerarme a mí mismo como un objeto de estudio.

Mi experiencia personal de vida, y por lo tanto subjetiva, me ha hecho darme cuenta de que el contexto nacional en donde he vivido toda mi vida, y el cual he compartido con millones de personas, permean varios fenómenos sociales que son cotidianos para la convivencia mía y de todos los habitantes de este país. Por mencionar sólo algunos, los que más típicamente se encuentran, y que más afectan, son el machismo, el malinchismo, la delincuencia, la drogadicción, la disfunción familiar, la deficiente administración gubernamental, el pobre desempeño académico, la corrupción, el racismo y una marcada desigualdad económica.

Si bien estos son considerados problemas de índole social, los autores y las víctimas de estos procesos sociales somos humanos. Seres multidimensionales con una identidad, una ciudadanía, una historia, una personalidad y una familia. Desde que surgió la sociedad, los humanos hemos tenido que lidiar con los procesos socioculturales del entorno, los cuales moldean nuestra educación, ideología, religión, costumbres y la forma de ver la vida. Y dentro de este macro contexto los ciudadanos crecemos y maduramos, establecemos relaciones con otros ciudadanos y las instituciones empiezan a tomar forma. Los

individuos tenemos un proceso progresivo en donde dejamos de ser receptores pasivos para actuar con y en sociedad como agentes colaboradores en la creación de cambios y realidades sociales.

Podríamos describir esto como un fenómeno recursivo, en donde los individuos formamos nuestra identidad con los elementos socio-culturales que encontramos en el entorno, los interiorizamos y, posteriormente, los proyectamos a través de nuestro discurso, conducta y ocupaciones.

¿Cómo es el proceso por el cual los mexicanos y las mexicanas desarrollan su identidad?

Responder esta pregunta sería imposible desde una perspectiva unidimensional y reduccionista. Los límites de tal perspectiva hacen que sea insuficiente para el problema a tratar. Estudiar estos fenómenos sociales es una tarea que requiere de un análisis multifactorial de variables, históricas, políticas, sociales, etnográficas, económicas y psicológicas, por sólo mencionar algunas. El realizar una investigación al respecto requiere de un enfoque transdisciplinar que pueda abarcar distintos campos de estudio.

Por la naturaleza del problema que pretendo investigar, el marco de interpretación teórica elegido es el Pensamiento Complejo planteado por Edgar Morin, pensador y científico social enfocado en construir nuevas formas de generar conocimiento. Morin hizo frente a los hábitos cognitivos simplificadores, reduccionistas y mutilantes al plantear una forma de pensamiento que asume de manera radical la complejidad del mundo, respondiendo de modo equivalentemente complejo. Por medio de las ciencias de la complejidad podemos establecer la relación entre las variables de los diferentes sistemas involucrados y establecer vínculos entre los diferentes sistemas involucrados. (Morin, 1990)

Por medio de este marco interpretativo puedo llegar al objetivo de este trabajo el cual es describir las características del proceso complejo por el cual los individuos mexicanos desarrollamos la identidad dentro del macro contexto social mexicano. Lograrlo ayudará a tener un mayor nivel de comprensión sobre el comportamiento de los mexicanos. En el campo de la política aportaría datos que permitan identificar los factores sociales que benefician o afectan el desarrollo de los individuos, en la sociología se ampliaría la comprensión sobre la influencia de la cultura en el desarrollo del individuo y, desde la psicología, aportaría información que podría utilizarse para diseñar asesorías psicológicas más efectivas al considerar el contexto social como elemento determinante en la formación de la identidad personal.

Para estudiar un fenómeno es siempre necesario contar con un marco teórico que permita al investigador tener un punto de partida. Este marco teórico facilita el enfoque del fenómeno a investigar, estableciendo un límite ontológico definido por una disciplina (Hernández-Sampieri, Fernández-Collado, & Baptista-Lucio, 2010). Sin embargo, el tratar de estudiar el fenómeno de la identidad nacional con un tipo de pensamiento lineal y reduccionista es insuficiente, pues se trata de un proceso humano y complejo que no se puede medir por medio de una sola dimensión; por tanto, se requiere un enfoque más amplio que incorpore elementos que pertenecen a sistemas de conocimiento o teorías diversos, pero que en la realidad interactúan entre sí en una red conceptual compleja.

Es por ello que elegimos al pensamiento complejo como marco interpretativo en este proyecto.

De acuerdo a Edgar Morin (1990), la forma en la que conocemos los fenómenos de la naturaleza está definida por un paradigma de conocimiento, el cual separa y une; jerarquiza y centraliza la

información. Este paradigma provoca una visión unidimensional de los objetos de estudio y de los fenómenos de la naturaleza, mutilando el conocimiento de la realidad. Este paradigma de la simplificación es una organización de pensamiento que aísla los objetos de sus ambientes, que se niega a reconocer las totalidades y las relaciones entre fenómenos de distintas “categorías”.

Morin (1990), propone una forma de pensamiento que él llama “Pensamiento Complejo”, el cual reconoce la complejidad del universo y la inevitable interrelación que existe entre los distintos fenómenos de la naturaleza, entre ellos los sociales y los psicológicos. Esto es debido a que la realidad se compone por una cantidad inmensa de interacciones e interferencias entre un número infinito de fenómenos; comprendiendo no solo las interacciones existentes, sino también las incertidumbres y los fenómenos aleatorios.

Este pensamiento complejo es esencial para nuestra investigación, ya que para estudiar el proceso del desarrollo de la identidad del mexicano es necesario no sólo estudiar los distintos fenómenos socio culturales del macro contexto nacional, sino también los factores psicológicos que intervienen en el mismo proceso de desarrollo.

Desde cualquier otra perspectiva, este tipo de estudio no sería factible, ya que se requiere estudiar fenómenos de distintas disciplinas, como la sociología, la filosofía, la historia, la política, la economía, la epistemología genética o las teorías del desarrollo psicosocial. Para comprender el proceso en cuestión es necesario contemplar las diferentes dimensiones que interactúan el contexto donde se manifiesta y entender su relación con las múltiples variables que intervienen en el mismo.

El ser humano ha sido hasta ahora el único animal en el planeta Tierra que ha cuestionado su comportamiento, su existencia y su identidad. Pareciera ser que la capacidad cognitiva, única en nuestra especie, es

lo que nos permite reflexionar y formular las preguntas: ¿de dónde venimos?, ¿cuál es el propósito de nuestra vida?, ¿qué pasa después de la muerte?, ¿quién soy?

El desarrollo de la identidad parece depender de la capacidad que tiene el ser humano de poder expresar sus ideas por medio del lenguaje. La identidad, en el griego clásico, se expresaba mediante el adjetivo y pronombre con función de demostrativo que equivale, en latín a *ipse* (él mismo); o bien a *ídem*. (Daros, 2005)

El problema de la identidad se originó, de acuerdo a Daros (2005), en el área jurídica; pues la idea de la identidad hacía que una persona se hiciera responsable por sus actos cometidos en el pasado. Aristóteles admitió el principio de identidad cuando afirmaba que “el ser es el ser”. Sócrates asumió la identidad desde una perspectiva más espiritual. Influida por la sabiduría religiosa órfica de su tiempo que incita al hombre a la búsqueda expresa de su propia identidad, en el interior del hombre ocupado en la verdad y preocupado por ella. Platón, por su parte, reconoce la permanente presencia de la “idea del bien”, innata en el hombre, que hace posible que el hombre que la intuye sea él y siga siendo el mismo.

Sin embargo, el interés sobre la identidad no es exclusivo de los griegos, a lo largo de la historia de la humanidad y en todos los rincones del planeta, el ser humano, dotado con su característica capacidad reflexiva, ha indagado siempre sobre ¿qué es lo que le hace ser?

En la actualidad, el concepto de identidad sigue siendo una idea difícil de abordar, para aclarar esta cuestión Altarejos y Rodríguez (2004) indican que, aparte del sentido lógico de la identidad, hay otros dos sentidos básicos que son directamente pertinentes ahora:

a) La identidad como valor general.

b) La identidad como referencia al origen.

El primero es el concepto moderno de identidad, el cual se refiere a la identificación subjetiva a unos valores o referentes objetivos que caracterizan a alguien.

El segundo concepto se entiende como actualización de la referencia del origen del ser. Específicamente a la pertenencia originaria que se expresa en una tradición donde se manifiestan las fuentes del ser – familia, patria, lengua, cultura, religión–, y que el individuo debe enriquecer y comunicar.

Si la identidad se refiere al origen, es por tanto una identidad recibida. Sin embargo, esto no debe de entenderse como un destino irrevocable. La identidad de origen (familiar, cultural, nacional, de género, etc.) sólo es el punto de partida donde se comienzan a desarrollar los pilares de la personalidad del individuo, pero que servirán de base para que el individuo desarrolle su propia identidad.

La identidad personal no es una cualidad innata del ser humano. Para formarse requiere de una serie de diferentes elementos y condiciones que intervienen en el individuo incluso desde antes de su nacimiento. Altarejos y Rodríguez (2004) consideran que la identidad de cada miembro de la familia se instituye originalmente en su seno y el proceso de identidad es posible gracias a la coexistencia que se da dentro de la familia de origen.

El recién nacido depende totalmente de sus padres como figuras de autoridad y modelos a seguir. Dentro del ámbito familiar, la teoría psicoanalítica explica que, a través de una serie de etapas fijas y sucesivas, en el periodo del nacimiento a los cinco años de edad se determina la personalidad adulta (Mednick, Higginns, & Kirschenbaum, 1981). Sin embargo, es Erikson (citado en González 2011) quien investiga a profundidad las etapas del desarrollo y desde

su perspectiva entiende a la identidad como un proceso evolutivo ubicado en el núcleo del individuo, el cual se encuentra en un proceso que está en desarrollo y cambio constante. La formación de la identidad para él implica el rechazo selectivo y la asimilación mutua de las identificaciones infantiles y su absorción en una nueva configuración. Erikson concluye que la identidad personal es entonces la percepción de la mismicidad y continuidad de la propia existencia en el tiempo y espacio, así como la percepción del hecho de que otros reconocen esa mismicidad. Desde su teoría, la identidad del individuo tendrá que persistir a lo largo de una serie de etapas sucesivas que se presentarán a lo largo de su vida. Si la identidad, componente esencial del yo, persiste de forma funcional después de cada reto, el “yo” se fortalecerá con nuevas experiencias y podrá superar los retos siguientes. Pero si el individuo no es capaz de superar los retos que se le presentan, el “yo” se verá debilitado por una identidad pesimista y fracasada; situación que dificultaría superar los retos futuros.

Con el fin de superar los obstáculos que se presentarán en su vida, el infante tendrá que aprender las conductas necesarias que cada etapa del desarrollo le solicite. Los padres, especialmente en las primeras etapas de la vida, tienen un papel fundamental en el desarrollo de estas habilidades. Pues son los padres el primer vínculo social para el niño.

Berger y Luckman (citados en Mercado & Hernández, 2010) indagaron en el proceso que comprende la adquisición de la identidad durante la niñez y los primeros años de la adolescencia. Ellos mencionan que la socialización primaria se efectúa en condiciones de enorme carga emocional, sin la cual el aprendizaje social sería casi imposible. El niño se identifica con los otros significantes en una variedad de formas emocionales que se internalizan sólo cuando ocurre la identificación. El niño acepta los roles y actitudes de los

otros significantes y se apropia de ellos. Posteriormente, y conforme el niño va adquiriendo independencia y autonomía, van apareciendo otros agentes como son la escuela, los medios de comunicación, los grupos de amigos, la religión, los clubes deportivos, etcétera. Así, a través de todos estos agentes, los individuos van adquiriendo un cúmulo de conocimientos necesarios para convivir con los integrantes de su grupo y con los otros. Es en este punto cuando la socialización del individuo deja el nido familiar e interactúa directamente con la sociedad que le rodea.

El principal desarrollador de la teoría de la identidad social es Henri Tajfel (1981) psicólogo social británico y uno de los fundadores de la Asociación Europea de Psicología Social Experimental. Tajfel propuso que parte del autoconcepto de un individuo estaría conformado por su identidad social, esto es, «el conocimiento que posee un individuo de que pertenece a determinados grupos sociales junto a la significación emocional y de valor que tiene para él/ella dicha pertenencia» (1981:255).

Mercado y Hernández (2010) exponen los factores que intervienen en la construcción de la identidad colectiva, entendiéndola como un proceso social en el cual el individuo se define a sí mismo, a través de su inclusión en una categoría. Esta conclusión la desarrollaron a partir de trabajos publicados por Tajfel (1981), concibiéndola como el vínculo psicológico que permite la unión de la persona con su grupo. Para lograr este vínculo es necesario que la persona reúna las siguientes características:

- Percibir que pertenece al grupo
- Ser consciente de que, por pertenecer a ese grupo, se le asigna un calificativo positivo o negativo.
- Sentir cierto afecto derivado de la conciencia de pertenecer a un grupo.

La inclusión a un grupo es fundamental en la vida de cada individuo. Por lo tanto, las condiciones del grupo en donde se desarrolle influirán en la construcción de su identidad de forma determinante, y todos los grupos se encuentran localizados dentro de un territorio delimitado por un estado-nación, el cual cuenta con su propia cultura y permea todos los grupos sociales dentro del país.

La cultura es un sistema de creencias, valores, normas, símbolos y prácticas colectivas aprendidas y compartidas por los miembros de una colectividad, que constituyen el marco de sus relaciones sociales. Los miembros de cada sociedad generan un conjunto de máximas, a partir de las cuales dan sentido a sus acciones e interpretan los acontecimientos de la vida diaria. Estas máximas, que se traducen en ideas y comportamientos, se aprenden y transmiten en determinados contextos sociales, esto significa que para que los nuevos miembros puedan integrarse a la sociedad e interactuar con los demás es necesario que aprendan tales repertorios. (Bandura & Walters, 1963)

De acuerdo con Béjar & Rosales (1999), desde la sociología política existe una construcción imaginaria de un orden en cuyo escenario intervienen políticas de reconocimiento que incluyen procesos de aceptación, negación, dominación o equidad. Esta política ofrece claves importantes para comprender los fenómenos de identidad en un contexto nacional, ya que permite pensar el papel fundante que tiene para la construcción de identidades individuales y de grupo, el hecho de ser reconocido en forma positiva o negativa.

En México, la cultura y la sociedad pueden fusionarse en el concepto de nación, que condensa todo un complejo de ideas, funciona como un símbolo unificador en tanto que represente diversas significaciones para los distintos grupos y cumplir en todos los casos un papel preponderante en la definición de sus identidades. En este complejo de ideas se encuentran los valores culturales de

superioridad, inferioridad e igualdad que afectan las relaciones sociopolíticas que se establecen entre la dinámica social, política y civil.

Claro que, en el caso específico de México, la cultura tiene un problema muy complejo con la identidad, pues se trata de un país multicultural y en su mayoría mestizo, producto de una conquista española y la subsecuente colonización. Se considera a la independencia como el momento en el que nació la nación mexicana. Sin embargo, la historia nos demuestra que la identidad del mexicano, así como la cultura y la sociedad, son conceptos que aún no se terminan por definir.

Un personaje que ha indagado en este tema ha sido Alan Riding (1984), quien realizó varios trabajos sobre la cultura mexicana en donde expone y explica diversas facetas del mexicano desde su punto de vista, para él, México busca interminablemente una identidad y oscila, en forma ambivalente, entre lo antiguo y lo moderno, lo tradicional y lo de moda, lo indígena y lo español, lo oriental y lo occidental. Un aspecto que refleja la complejidad de México puede encontrarse tanto en el enfrentamiento como en la fusión de estas raíces.

Los eventos tan particulares que se llevaron a cabo en el momento de la creación de la nación mexicana son sólo un primer indicio de las repercusiones tan complejas que tendrían en la construcción de la identidad de cada persona nacida en el país. El choque de culturas dista mucho de concluir, de acuerdo a Aceves (2000) el conflicto se ha interiorizado en la psique de cada mexicano:

“... los tiempos prehistóricos y la historia antigua del México central abarcan por lo menos diez mil años; si se comparan con los apenas trescientos años de vida colonial y el siglo y medio de moderna nación independiente, se verá el verdadero “subsuelo y raíz del México

actual”. La conciencia colectiva del México de hoy correspondería al ambiente de “moderna nación independiente”, en tanto que la Colonia y la antigüedad formarían el inconsciente racial y los milenios precortesianos el inconsciente del grupo étnico. El material incompatible, reprimido por la egoconciencia, agrupándose con factores arquetípicos, da origen a los complejos, los cuales se comportan como personalidades parciales escindidas. Desde el inconsciente interfieren en la vida del individuo y provocan toda clase de actos fallidos y síntomas neuróticos y psicóticos.” (Aceves, 2000:54)

De acuerdo a Aceves (2000), sería en este conflicto donde se originan la mayoría de los rasgos que caracterizan la personalidad de los mexicanos. Riding (1984) también considera que el pasado sigue vivo en el subconsciente de los mexicanos de hoy. Según él, los mexicanos debemos conciliar el hecho de ser conquistados y conquistadores, de conservar muchas características raciales y rasgos de la personalidad indígena, e incluso glorificar a nuestros antecesores prehispánicos, al tiempo que hablamos español y practicamos el catolicismo.

Estas condiciones históricas y culturales han provocado un tipo de pensamiento que se encuentra presente en la mente de las y los mexicanos, el cual se plasma en varias formas de expresión cultural. Diaz-Guerrero (1994) ha sido un investigador pionero en realizar estudios etnopsicológicos y postuló que la psicología de los mexicanos se origina en la cultura, al respecto menciona:

“Todos los estudios realizados indican que esta característica de los mexicanos, como muchas otras, proviene de la filosofía de vida, propia de su cultura, es decir, de las formas de pensar acerca de nosotros y de los demás, acerca de cómo vivir mejor la vida, etc., que va pasando de generación en generación. Es por esto que decimos que la cultura es un resultado de la historia de cada nación. Expresándolo

en forma más sencilla, pensemos que la mayor parte de los dichos, proverbios y moralejas mexicanas nos las heredaron nuestros antepasados, lo mismo que las ideas que se tienen acerca de los deberes que entre sí tienen los padres y las madres; los padres y los hijos; y los hermanos y las hermanas en México.” (Díaz-Guerrero, 1994:18)

Este tipo de pensamiento y filosofía de vida, influye en la vida de las y los mexicanos, tanto que puede llegar a definir el modo de gobernar un país. Aceves (2002), advierte que los políticos han aplicado una forma de gobernar conocida como *seudología fantástica*. La cual es una forma de gobernar que se caracteriza por la facilidad con que los políticos en México elaboran mentiras creíbles para el pueblo, cuyos miembros son en gran cantidad de origen campesino o una masa de desarraigados que ha perdido el instinto de conservación al esperar todo de un Estado pseudopaternalista. Este modo de gobernar es resultado de una población con rasgos pasivos y derrotistas, siempre a la espera de ser guiado por un líder que funge más como patriarca que como político. En esta misma línea de investigación, el político e investigador Castrejón Díez (1995) sugiere que, dentro de la cultura política del país, encontraríamos rasgos muy enraizados de la identidad nacional mexicana, pero que éstos podrían modificarse si hubiera un cambio radical de identidad en el país.

En este contexto podemos decir que el objetivo general de esta tesis es describir sobre la relación existente entre las características del macro-contexto-proceso histórico-social y el proceso psicológico de construcción de la identidad de las y los mexicanos.

Los objetivos específicos son:

Señalar y describir los factores sociales y culturales del contexto nacional que más influyen en la construcción de la identidad de los y las mexicanas.

Describir los procesos psicológicos mediante los cuales estos factores influyen en el desarrollo de la identidad personal.

Identificar los rasgos identitarios de la cultura mexicana que más influyen en el estado actual de la sociedad mexicana.

Para alcanzar estos objetivos nos basaremos en Morin (1977), quien propone una metodología que se basa en el principio de la unidad compleja que no puede ser abstraído de forma holística ni reduccionista. Este método propone un paradigma de distinción/conjunción que permita distinguir sin desarticular, asociar sin identificar o reducir. Ese paradigma utiliza un principio dialógico y translógico, que integra la lógica clásica teniendo en cuenta sus límites de facto (problemas de contradicciones) y discursivos (límites del formalismo), llevando en sí el principio de la unitas multiplex, que escapa a la unidad abstracta por lo alto (holismo) y por lo bajo (reduccionismo).

La metodología de Morín brinda cuatro elementos que se deben de tomar en cuenta los cuales se tomarán como categorías de análisis, dentro de las cuales se encuentran subcategorías analizadas en los primeros capítulos a través del análisis de distintos escritos de autores reconocidos dentro de sus propios campos de estudio para construir un nuevo conocimiento, complejo y unificado, que permita describir el macroproceso psicológico del desarrollo de la identidad del individuo, considerando las características sociales y culturales del contexto mexicano. Estos cuatro elementos son:

1-Contexto: Entendido como las informaciones y los elementos que son necesarios ubicar para que el conocimiento adquiera sentido y relevancia.

2-Globalidad: Las relaciones entre todo y partes que es la articulación de los datos que se obtuvieron por medio del contexto de una manera interretroactiva u organizacional.

3-Multidimensionalidad: Se refiere a las dimensiones históricas, económicas, sociológicas, etcétera, que integran tanto al ser humano como a la sociedad, siendo ambas estructuras complejísimas que deben de ser asumidas como tales e insertar allí las informaciones pertinentes.

4-Complejidad: Que se refiere principalmente a su raíz etimológica *complexus*, que significa lo que está tejido en conjunto y sus elementos son inseparables. La complejidad es una característica que todo conocimiento debe adquirir, ya que en cualquier cosa que se pretenda conocer existe un tejido interdependiente, interactivo e interretroactivo entre el objeto, su contexto, las partes y el todo; en conclusión, la complejidad es la unidad y la multiplicidad.

CAPÍTULO 1

LA COMPLEJIDAD EN EL ESTUDIO DE LA CULTURA MEXICANA

1.1 La Complejidad en el estudio de las distintas dimensiones del ser humano

Los paradigmas han sido inherentes al conocimiento humano a lo largo de la historia pues, para organizarse, el conocimiento se compartimentó en áreas específicas del saber, creando cada compartimiento su propio sistema de lógica y pensamiento. Eventualmente, tales sistemas de pensamiento se separaron tanto unas de otras que empezaron a crear islas de conocimiento y se concibieron como entidades aparentemente desconectadas gobernadas cada uno por su propio paradigma. Un paradigma es, de acuerdo al pensador y científico social Edgar Morin (1990) “un conjunto de principios ‘supralógicos’ de organización del pensamiento, los cuales están ocultos y gobiernan nuestra visión del mundo sin que tengamos conciencia de ello”.

En el siglo XVII se estableció lo que Morin llamó el gran paradigma de occidente, dominio ideológico que se basó en las ideas de Descartes en donde filosofía y ciencia se separaban, pues se concebía al sujeto (ego cogitans) separado de la cosa extensa (res extensa) postulando como principio de verdad a las ideas claras y distintas (Morin, 1990). Este ejercicio simplificador consistía en la disyunción, reducción y abstracción del conocimiento lo cual permitió en un principio los enormes progresos del conocimiento científico y de la reflexión filosófica. Sin embargo, conforme las áreas del saber se fueron especializando, la disyunción se fue haciendo cada vez más amplia y se comenzaron a aislar los tres principales campos del conocimiento científico: la Física, la Biología y la ciencia del hombre

(Morin, 1990:30). Se tomó como concepción aceptada por todos que las ciencias debían separarse para mantener la formalidad y permitir su evolución dentro de los marcos previamente establecidos por sus predecesores. Bajo este paradigma científico, el conocimiento acumulado dentro del campo de la química no podría establecer una relación lógica relacionada con, por ejemplo, los últimos descubrimientos en el campo del estudio del comportamiento humano; ni los expertos en las teorías de la motivación humana tendrían algo que ver con el desempeño de una empresa, ni las leyes políticas tendrían relevancia con los cambios ambientales en la atmósfera terrestre. Este paradigma ha afectado también el modo actual de enseñanza, en la cual se renuncia a toda una gama de conocimientos a cambio de especializarse en un punto especial del mismo. El alumno que llega a la universidad se le instruye desde un inicio a pensar que el aumento informacional y la heterogeneización del saber sobrepasan toda posibilidad de engramación y tratamiento por el cerebro humano. Lo cual provoca no solo una diferenciación, si no a veces un enfrentamiento en donde un conocimiento intenta destituir a otro con el fin de demostrar una supremacía sobre los demás.

Como resultado tenemos estructuras de saber disociadas entre sí, comunicados sólo por algunos istmos de conocimiento. Los cuales pocas veces tratan de tender un puente entre ellos, pues temen perder la autoridad de conocimiento supremo. Tal disyunción ha enrarecido la comunicación entre el conocimiento científico y la reflexión filosófica. La ciencia no ha podido admitir ni que los avances científicos surgen dentro de un contexto cultural; su naturaleza humana eminentemente subjetiva. Más aún, el principio de disyunción ha aislado radicalmente entre sí a los tres grandes campos del conocimiento científico: la Física, la Biología, las ciencias humanas. Ese sesgo en el conocimiento provocó eventualmente la

inevitable emergencia de problemas y fenómenos complejos que no pudieron resolverse siguiendo el anticuado sistema de separar los distintos rubros del conocimiento en compartimentos. Con el fin de contrarrestar esta disyunción se optó por una reducción simplificadora en donde los fenómenos de las llamadas 'ciencias del hombre' se reducían a lo biológico, y lo biológico a lo físico. Esta reducción correspondía con el ideal del conocimiento clásico, el cual era descubrir un orden universal y perfecto que pudiera explicar todos los fenómenos de la naturaleza con una sola perspectiva maestra. (Marin, 1990)

Sin embargo, los avances en las tecnologías de la información hicieron de este paradigma un lastre para la detección y resolución de estos problemas. Se empezaron a usar técnicas de estudio que desafiaran las concepciones tradicionalistas y conservadoras del paradigma de la ciencia clásica. Gracias a la ruptura de ese paradigma es que la humanidad encontró respuestas a viejos enigmas y se descubrió, entre otros fenómenos, el rol de la serotonina en el comportamiento de pacientes depresivos (Ramírez, y otros, 2018); psicólogos preocupados por el desarrollo del clima laboral de una empresa encontraron una correlación positiva entre la eficiencia productiva y su relación con la teoría de la jerarquía de necesidades de Maslow (Canto, Salazar, Serino, & Martínez, 2014). Las nuevas propuestas sobre el desarrollo sustentable son un intento de legislar procesos que permitan el desarrollo de la sociedad y la economía de la mano con la preservación del medio ambiente (Alaña Castillo, Capa Benítez, & Sotomayor Pereira, 2017). Podría decirse que el ser humano, al tratar de resolver problemas complejos, comprendió la relación existente entre los distintos sistemas de conocimientos, lo cual le permitió visualizar soluciones complejas que no hubieran sido posible conceptualizar sin doblar los límites de sus paradigmas y ampliar el marco de referencia de un fenómeno determinado.

1.2 El método de Morin

Morin (1990: 32), propone un procedimiento que sustituiría el paradigma de disyunción/reducción/unidimensionalización por un paradigma de distinción/conjunción que permita distinguir sin desarticular, asociar sin identificar o reducir. Ese paradigma comportaría un principio dialógico y translógico, que integraría la lógica clásica teniendo en cuenta sus límites de facto (problemas de contradicciones) y de cursivas (límites del formalismo). Llevaría en sí el principio de la unitas multiplex, que escapa a la unidad abstracta por lo alto (holismo) y por lo bajo (reduccionismo). Y para que esas estrategias tengan resultado Morín (1977) nos brinda cuatro elementos que se deben de tomar en cuenta.

- 1- Contexto: Entendido como las informaciones y los elementos que son necesarios ubicar para que el conocimiento adquiriera sentido y relevancia.
- 2- Globalidad: Las relaciones entre todo y partes que es la articulación de los datos que se obtuvieron por medio del contexto de una manera interretroactiva u organizacional.
- 3- Multidimensionalidad: Se refiere a las dimensiones históricas, económicas, sociológicas, religiosas, etcétera, que integran tanto al ser humano como a la sociedad, siendo ambas estructuras complejísimas que deben de ser asumidas como tales e insertar allí las informaciones pertinentes.
- 4- Complejidad: Que se refiere principalmente a su raíz etimológica *complexus*, que significa lo que está tejido en conjunto y sus elementos son inseparables. La complejidad es una característica que todo conocimiento debe adquirir, ya que en cualquier cosa que se pretenda conocer existe un tejido interdependiente, interactivo e interretroactivo entre el objeto, su contexto, las partes y el todo; en conclusión, la complejidad es la unidad y la multiplicidad.

Y el motivo por el cual me decido por esta propuesta metodológica se debe al estado actual de la carrera de psicología. Desde que inicié mi formación como psicólogo se me explicó por parte de la gran mayoría de mis maestros que no existe “una sola psicología”; sino que existen “muchas psicologías” representadas por distintas escuelas, entre las que se encuentran: estructuralismo, psicoanálisis, conductismo, humanismo y gestalt. Cada una de estas escuelas han estudiado aspectos del comportamiento y de la psique humana desde su propia perspectiva y, aunque algunas coincidan en algunos puntos, la mayoría de las distintas escuelas de la psicología difieren en su concepción del ser humano desde perspectivas distintas. Por ejemplo, el interaccionismo simbólico trata a la persona como un ser simbólico, el conductismo como un ser mecánico y la psicología humanista como un ser progresista y bondadoso. He llegado a un punto en donde considero imprudente de mi parte asegurar y definir en una frase qué estudia la psicología, y la razón por la cual un egresado de la licenciatura de psicología no se atreve a responder a esta pregunta de un modo simple y concreto es porque no existe una respuesta simple y concreta.

Desde el punto de vista del conductismo, la psicología estudia la conducta; desde el psicoanálisis, se estudia la mente “inconsciente”, desde el cognitivismo se estudian los mecanismos intelectuales que permiten el conocimiento, etc. Ante tal pluralidad, algunos representantes de diversas posturas teóricas se han visto más interesados en intentar demostrar una supuesta superioridad sobre las otras escuelas que intentar hacer una reconciliación y una conexión. Nos encontramos entonces con una psicología fracturada y en conflicto con ella misma. Y es aquí donde podemos observar los efectos que ha tenido el gran paradigma de occidente sobre el campo de la psicología.

De acuerdo a Morin (1990) la patología moderna del espíritu está en la hiper-simplificación que ciega a la complejidad de lo real, en donde la idea oculta a la realidad que tiene por misión traducir, y se toma como única realidad. El procedimiento que el gran paradigma de occidente utiliza consiste en adornar la realidad con unos atributos ideales, que funcionan como simplificadores de la misma. Los atributos más evidentes y decisivos según este paradigma son; el orden, la perfección y la armonía. Esto significa que la realidad sea considerada ordenada, perfecta y armoniosa. Y si no lo es (he ahí, el componente ideológico crucial) debería de serlo; sin embargo, por más que se intente, no se puede suprimir o evitar la complejidad.

Así como el paradigma de occidente ha intentado simplificar los fenómenos de la realidad, el ser humano ha sido simplificado para facilitar su comprensión. De acuerdo a Munné (2004) la metodología positivista promovió la eliminación del sujeto a partir de la idea del sujeto observado como objeto, o sea con existencia independiente del observador. Se le concibe como un extraño “objeto” capaz de razonar más que de sentir, y que debe ser entendido sin juicios de valor, objeto con emociones, sentimientos y pasiones lineales, desprovistos de complejidad.

En el contexto de la simplicidad, lo ambiguo viene siendo valorado negativamente. Lo ambiguo es simplificado al reducirlo a dicotomías; pares conceptuales tales como presencia vs ausencia, recuerdo vs olvido, yo vs otro, éxito vs fracaso, verdad vs falsedad, etc., en los que la oposición excluye al contrario. Desde el paradigma de la complejidad el planteamiento no es dicotómico, se piensa al sujeto con sus ambivalencias, incertidumbres e insuficiencias. Si nuestro comportamiento es complejo, tiene propiedades caóticas y está afectado por factores extraños, no es libre ni determinado sino ambas cosas: es libre por estar (auto)determinado y está (auto)determinado

por ser libre. desde la complejidad, la libertad no es exclusiva del ámbito humano, sino propia de cualquier sistema complejo de acción.

Desde la perspectiva de la complejidad, la persona presenta las mismas propiedades cualitativas que hacen de la naturaleza una realidad compleja. Munné (2004) explica que el ser humano no puede ser entendido en profundidad si se le intenta ver bajo la lupa de la simplicidad. El psicólogo social positivista tiende a ver el caos y las situaciones contradictorias como un desorden que hay que controlar, superar, y en último caso, eliminar. En cambio, en la imagen compleja de la persona, la ausencia de orden, de regularidad o de precisión no tienen en principio un carácter negativo ni extraño, sino que se contemplan como aspectos normales y cotidianos.

Si algo ha caracterizado a las teorías psicológicas positivistas es el afán de crear modelos teóricos o leyes generales que se apliquen al ser humano con el fin de predecir y controlar la conducta. Pero, tal y como se mencionó anteriormente, colocar bajo la lupa de la simplicidad a un ser de tal complejidad resulta contraproducente si se busca obtener un resultado certero y cercano a la realidad.

Desde la perspectiva de la biología se afirma que los seres humanos pertenecemos al reino animal y requerimos de alimento para procesar la energía contenida en los nutrientes. Pertenecemos al grupo de los mamíferos primates, ubicados dentro del género "Homo". Para reproducirnos requerimos de la unión sexual de un hombre y una mujer. Tenemos el encéfalo muy desarrollado, el cual gobierna nuestra conducta y experiencia a través de miles de millones de células nerviosas. Desde el inicio de nuestra existencia, como especie, los seres humanos hemos tenido que lidiar con la condición biológica de nuestro cuerpo; para vivir requerimos cumplir con ciertos procesos corporales (comer, beber, dormir, evacuar, respirar, etc.). La eficiencia con la que ejecutemos esos procesos impacta directamente

nuestro estado de salud y longevidad. Nuestro cuerpo también nos convierte en seres sensitivos; nuestros sentidos (vista, oído, tacto, equilibrio, olfato, etc.) son medios increíblemente especializados en captar nuestro entorno. Nuestros órganos sensoriales son estimulados por los distintos elementos físicos y químicos de nuestro medio ambiente, los cuales transmiten esa información en forma de impulsos electroquímicos a través del sistema nervioso periférico hasta llegar a nuestro cerebro. Al llegar ahí la información es procesada por millones de conexiones neuronales, las cuales regresan otros impulsos que viajan nuevamente por el sistema nervioso periférico para poder controlar las distintas partes del cuerpo. Este proceso psicomotor se comparte con todos los demás animales vertebrados.

No obstante, nuestro cerebro cuenta con una corteza cerebral bastante más desarrollada que la del resto de los mamíferos, lo cual nos permite poseer procesos intelectuales como el pensamiento, el lenguaje y el razonamiento. Estas capacidades cognitivas proporcionan al ser humano una dimensión adicional: la simbólica.

La dimensión simbólica del ser humano está íntimamente relacionada a sus procesos intelectuales, tanto que toda una escuela psicológica (cognitivismo) se dedica enteramente al estudio de éstos. La capacidad de codificar la información del ambiente, abstraer sus conceptos, calcular y recordar le otorgan la posibilidad de modificar el entorno como ningún otro animal en este planeta lo ha podido hacer.

Sin embargo, y a pesar de estas habilidades cognitivas, los seres humanos nunca hubiéramos logrado el desarrollo civilizacional que tenemos hoy en día sin habernos organizado. La comunicación desarrollada entre los distintos individuos humanos nos ha permitido exponenciar nuestras capacidades y perpetuar nuestra existencia a lo largo del tiempo. Esta facultad de relacionarnos con otros para llegar

a una organización nos otorga una dimensión social, y dentro de esta dimensión podemos estudiarnos a nosotros mismos dependiendo del tipo de contexto con el que estemos lidiando; si nos organizamos para distribuir los recursos entre nosotros hablamos de economía, si nos organizamos para instituir leyes hablamos de política, si nos organizamos para ordenar el conocimiento hablamos de educación, etc.

Estas distintas dimensiones nos confieren a los seres humanos una complejidad inherente a nuestra existencia, la cual debe ser tomada en cuenta si lo que se intenta es comprender nuestra propia naturaleza y expandir el campo de conocimientos que tenemos sobre nosotros mismos.

1.3 Las distintas dimensiones de la cultura

Ya desde 1871, el etnólogo inglés Edward B. Taylor, (citado en Díaz-Guerrero, 2003) decía que: “Cultura o civilización tomadas en su más amplio sentido etnográfico, son ese complejo conjunto que incluye conocimientos, creencias, arte, principios morales, costumbres y todas aquellas habilidades y hábitos adquiridos por el hombre como miembro de la sociedad”. Y es incluso hoy en día tomado como referencia base para definir lo que se entiende por cultura.

Si nos detenemos a analizar un poco al macro-contexto de este hecho observaremos, no solamente las características de la definición, sino también el hecho de que 147 años después los investigadores seguimos recurriendo a ella al buscar comprender el fenómeno de la cultura como tal.

¿Y por qué existen investigadores que a lo largo de un siglo y medio de distancia siguen interesados en comprender a la cultura?

Un primer intento de responder a eso sería diciendo que el ser humano, siendo el ser sensible y consciente de su entorno que es, ha

sido capaz de percibir los efectos que esta ha tenido en las sociedades humanas.

Podemos empezar por desglosar el término de Taylor: Nos habla de un “complejo conjunto”, lo que nos indica que se refiere a varios fenómenos que se interrelacionan de cierto modo y son; “conocimientos” que de acuerdo a la real academia española es un conjunto de saberes, “creencias” que es un firme asentimiento o conformidad con algo, “arte” que es la manifestación de la actividad humana mediante la cual se interpreta la realidad, “Costumbres” que es la manera habitual de comportarse o una práctica tradicional de una colectividad, y “principios” que es una norma o idea fundamental que rige el pensamiento o la conducta.

Si nos tomamos el tiempo para reflexionar en cada uno de estos aspectos que conforman a la cultura podremos empezar a entender por qué, después de más de un siglo y medio, sigue siendo un tema de relevancia. Pues es entonces la cultura el principal medio por el cual el ser humano le da dirección y significado a su conducta colectivamente.

L. Kroeber y C. Kluckhohn (citado en Díaz-Guerrero, 2003, P.17) presentan una síntesis que explica el aspecto funcional de la cultura:

“La cultura consiste de patrones (o moldes), explícitos o implícitos, de y para comportamientos adquiridos y transmitidos por símbolos, constituyendo los logros distintivos de los grupos humanos, incluyendo su plasmación en artefactos; el elemento esencial de la cultura consiste de ideas tradicionales (es decir, obtenidas y seleccionadas históricamente) y especialmente sus valores agregados a ellas; los sistemas culturales pueden, por un lado, ser considerados como productos de la acción, y por otro, como un elemento condicionador de acciones futuras”.

La cultura se entiende entonces como un fenómeno inherente al ser humano, el cual se crea por él y lo define al mismo tiempo. Castrejón (1995) lo entiende como una construcción humana que, a través de significados subjetivos de la realidad, reemplaza a los instintos humanos y moldea el ambiente con estructuras confiables surgidas de la propia experiencia humana. Esta realidad atraviesa y se transforma en tres momentos: la externalización, la objetivación y la internalización. A través de la externalización, la sociedad es un producto humano. A través de la objetivación, la sociedad se convierte en una realidad *sui generis*. A través de la internalización, el hombre es un producto de la sociedad.

Los registros culturales más primitivos y sencillos de los que se tienen registros los podemos observar hoy día en las pinturas rupestres que datan desde hace 10,000 años, como las que se encuentran en Somalia o en Namibia, ubicados en el continente Africano. No se trata de un fenómeno estático, sino más bien de uno cambiante y evolutivo. Tampoco lo podemos definir como una unidad, ya que no existe “la cultura”, sino muchas y diversas que corresponden a la variedad de sociedades existentes, cada una con sus propias características.

En la actualidad, las culturas están íntimamente relacionadas a los países-estado que las albergan, de acuerdo a Altarejos & Rodríguez (2004):

La nación es el depósito de una cultura (..) filtrando recelosamente las relaciones transculturales; y el estado (...) sólo es el destinatario y receptor de los individuos procedentes de las unidades familiares (...) a los cuales debe servir, pero también supervisar y controlar en función de su propio beneficio (...) y sobre todo, en beneficio del Estado, depositario último de los valores generales que sustentan la identidad subjetiva si ésta es referencia identificadora con dichos valores. (Altarejos & Rodríguez, 2004: 114).

Agregamos, con este último análisis, una dimensión de control a la cultura, la cual dirige y ordena la forma de actuar de los ciudadanos que viven en un determinado país. De acuerdo a Castrejon (1995) en cada cultura existen reglas no escritas y valores entendidos, así como percepciones y conductas que caracterizan y definen las interacciones de los ciudadanos en las polis. En este sentido, cada acto del hombre es una señal, un símbolo, un lenguaje oculto y silencioso que permite comunicar y establecer afinidades, lograr consensos y compartir juicios de valor.

Este control se puede inducir a veces de un modo violento (como ocurre en las invasiones o en la colonización), pero la mayoría de las veces son los ciudadanos quienes adquieren estos rasgos culturales a su identidad personal. Castells entiende a la identidad como un “proceso de construcción del sentido atendiendo a un atributo cultural, o un conjunto relacionado de atributos culturales, al que se da prioridad sobre el resto de las fuentes de sentido” (citado en Jorquera, 2012, p. 34).

El proceso de identificación se realiza como adscripción subjetiva a unos valores o referentes objetivos que caracterizan a la cultura de determinado grupo. Éstos empiezan siendo meros descriptores, pero con la afiliación al grupo acaban también vinculándose a dicho grupo. La persona se identifica objetivamente con el grupo en el grado en que afirme y realice las características objetivas definitorias del grupo. Y mientras el individuo tenga más éxito en el cumplimiento de estos valores y objetivos gozará de mayor aceptación por parte de los miembros del mismo grupo, de este modo reforzando en el individuo las conductas que dicta la cultura. Pero si el individuo decide rechazar estos valores, el mismo grupo se encargará de dirigirlo al cumplimiento de estas conductas o, en última instancia, rechazarlo del grupo y expulsarlo.

En el seno familiar, la identificación con la cultura se realiza por medio de la crianza. Pues el recién nacido, e incluso posteriormente a lo largo de su infancia, carece de capacidad identitaria, es decir, es absolutamente incapaz de cualquier constitución o construcción de su identidad por la total dependencia de sus padres. El infante replica los valores y las conductas de sus padres, o de las personas que conforman su seno familiar, siendo estos las bases de lo que será su identidad individual.

1.4 La cultura del mexicano

Díaz Guerrero (2003) realizó un estudio en donde dividió dos grupos de niños, un grupo consistía en niños mexicano-estadounidenses y el otro consistía en niños estadounidenses afroamericanos. A cada grupo se le remitía a un salón donde había varios crayones de colores pero solo uno de color verde y se le indicaba a los niños que eligieran el crayón de color verde para dibujar. Los niños de ascendencia mexicana resolvían éste y otros conflictos frecuentemente auto modificándose, es decir, ellos preferían compartir el crayón verde antes que tomarlo. Los niños afroamericanos preferían simplemente tomar el crayón y pocas veces decidían compartirlo con otros, mostrando claramente el estilo de confrontación estadounidense de autoafirmación y asertividad. Pero, lo más interesante de acuerdo a Díaz Guerrero, fue que en alrededor del 30% de los casos, los mexicano-estadounidenses respondían al conflicto con un dicho como: “Todos los niños deberían compartir” o “todos los niños deberían colaborar”.

A partir de este y otros estudios similares Díaz Guerrero nos demuestra dos hechos importantes; uno, que la cultura influye de manera determinante en la conducta de los individuos; y dos, que hay culturas en donde se fomenta el desarrollo de reglas de conducta más

que en otras. En este caso parece claro que la mexicana, a diferencia de la estadounidense, las apoya.

Una explicación al respecto lo podemos encontrar en el modelo de crianza que predomina en México. Los mexicanos nos sentimos seguros como miembros de una familia, pues en la familia todos tienden a ayudarse entre sí. Cada uno de sus miembros está, casi siempre, bien dispuesto a ayudar a otros familiares que tengan problemas, sean éstos de enfermedad o de tipo económico. Esta unión tan cercana con la familia provoca, por ejemplo, que en promedio los mexicanos dejen la casa de sus padres en edades más adultas que en las familias estadounidenses. Parece ser que la independencia y la individualidad son valores más apreciados en Estados Unidos que en México.

¿De dónde surge el hecho de que en México, y en otras sociedades parecidas, la familia tenga más importancia que el individuo? De acuerdo a Díaz Guerrero (1994), esta característica de los mexicanos, como muchas otras, proviene de la filosofía de vida, propia de su cultura, es decir, de las formas de pensar acerca de nosotros y de los demás que va pasando de generación en generación. La mayor parte de los dichos, proverbios y moralejas mexicanas nos las heredaron nuestros antepasados, lo mismo que las ideas que se tienen acerca de los deberes que entre sí tienen los padres y las madres; los padres y los hijos; y los hermanos y las hermanas en México.

Expresándolo en forma más sencilla, la cultura es el resultado de la historia de cada nación. Elvin Hatch (citado en Castrejón, 1995, p. 15) define a la cultura como una “forma de vida de la gente que consiste en modelos convencionales de pensamiento y comportamiento, incluye valores, creencias, reglas de conducta, organización política, actividad económica, todo esto va pasando de

una generación a la otra a través del aprendizaje y no como parte de la herencia biológica”.

Hablar de México desde la condición de “mexicanos”, tiene implicaciones emotivas y éticas. Para lograr esto debemos asumir, como relativas, las ideas configuradas en relatos, imágenes, símbolos, discursos, personajes e instituciones que, se han integrado en un compuesto heterogéneo para funcionar como índices, íconos, emblemas y signos de una realidad social dotada de historicidad.

¿Se puede ser mexicano sin asumir los mitos de la nacionalidad? Uno de los ejes que mantiene a la sociedad mexicana es la recreación de los mitos de fundación, y la narración mitificada de la historia. Los mitos se han mantenido gracias a su utilidad social y su eficacia al mantener unidos a un largo y diverso grupo de personas bajo un solo concepto de cultura y nación. La complejidad de la concepción cultural y de la práctica política permite que elementos de diversa índole incidan en la formación de la identidad del mexicano y de los propios mitos que conforman su mito-historia. Mitos que se perciben como reales a pesar de poseer aspectos irracionales, que parecen fuera de la lógica, pero repercuten tanto en la psicología del individuo como en lo social. La mito-historia tiene un papel específico en la conformación de la cultura, al punto de que muchas veces los símbolos incorporados por esta vía son los más perdurables en la conciencia de los hombres. (Castrejon, 1995).

De acuerdo a Bronislaw Baczko (citado en Castrejón, 1995) los imaginarios sociales son referencias específicas en el sistema simbólico que produce toda sociedad, a través del cual se percibe y se designa la identidad al elaborar una representación de sí misma en la cual distribuye roles y posiciones sociales, expresando y afirmando ciertas creencias comunes a través de la fijación de modelos

formadores. De esta manera, se consolida eficazmente el dispositivo de control de la vida colectiva.

Dadas estas características, el concepto de nación se vuelve un símbolo unificador que condensa todo un complejo de ideas y diversas significaciones para los distintos grupos humanos que viven en determinado territorio, el cual cumple un papel preponderante en la definición de las identidades de los individuos. Esthela Serret (en Béjar & Rosales, 1999) considera que la identidad nacional mexicana contemporánea está asociada con dos fenómenos: el triunfo del proyecto político emanado de la Revolución y la cohesión política económica e ideológica del estado nacional mexicano. El proyecto del nacionalismo revolucionario se construyó reactivamente en contra del proyecto porfirista, se erigió una nación de y para los mexicanos. La revolución funda un estado paternalista que tiene entre sus objetivos centrales impulsar la política social que, a cambio de su apoyo y aceptación, proporcione a la población mayoritaria tierra, salud, educación, trabajo, vivienda, etcétera. Lo nacional se construye ideológicamente gracias al proyecto revolucionario que es un proyecto de justicia social y de integración. Nuestra identidad nacional ha tenido bases más bien tradicionales que liberales, y eso repercute en nuestra actitud hacia la política.

La revolución representó, entre otros tantos aspectos, el rechazo de los valores extranjeros que en un inicio se imitaron y transplantaron por parte de la cultura europea, y posteriormente de Estados Unidos. Este nuevo nacionalismo pretendía borrar esta imitación y marcaría el inicio de la construcción de la identidad nacional en tanto que recuperaría los únicos elementos culturales que podríamos considerar realmente propios, aquellos que provienen del pasado indígena.

De acuerdo a Castrejón (1995) el pueblo mexicano siempre ha poseído un rasgo autodenigratorio en la psique colectiva derivado de

un extraordinario aprecio por la cultura del viejo continente y de la consideración de que somos una sociedad moldeada en la civilización europea, pero desarrollada tardía y parcialmente por la lejanía. No obstante, a partir de la posrevolución, el mexicano habría comenzado a aceptarse como producto de una herida simbólica, o sea, la conquista, y a reconocer que, por lo tanto, somos un pueblo que ha querido ocultar esta verdad detrás de máscaras ajenas que no han hecho sino retrasar el encuentro con nosotros mismos. El discurso del nacionalismo revolucionario manifestaba como proyecto político: la construcción de un México que se define por excluir cualquier elemento de fragmentación y desunión, un proyecto homogeneizador que satanizó lo extranjero y promovió la universalización de la idea de “el mexicano”.

Esthela Serret (en Béjar & Rosales, 1999) concluye que la conflictividad de nuestro perfil colectivo radica en la tensión existente entre el impulso modernizador en economía y los valores culturales y políticos propios de la tradición. Asimismo, nuestra identidad está tensamente referida a un imaginario indígena prehispánico que nos hace identificarnos con la imagen del vencido y el colonizado. Identidad pues, que ha sido construida por negatividad y conflicto.

CAPÍTULO 2

EL DESARROLLO DE LA IDENTIDAD

La identidad es un constructo humano que se forma esencialmente a través de la interacción entre la entidad corporal del individuo y el contexto social en donde se desarrolle. A través de los años el individuo construye su identidad personal, la cual juega un papel fundamental en el desarrollo social del individuo. Para poder comprender mejor este proceso he tomado como referencia tres perspectivas del desarrollo de la identidad, cada una explicando un contexto distinto:

En el micro contexto tenemos como referencia a las etapas del desarrollo de Erik Erikson (citado en Maier, 2003), principalmente porque esta teoría contempla explícitamente la importancia que el contexto cultural tiene en la construcción de la identidad personal.

En el meso contexto tenemos como referencia la teoría de la identidad social de Henry Tajfel (1981), quien propone que parte del autoconcepto de un individuo estaría conformado por su identidad social, la cual se define en función de la pertenencia que tenga a uno o más grupos sociales.

En el macro contexto tenemos como referencia al conglomerado de conceptos multidisciplinarios estudiados por Sosa, Bellelli, & Bakhurst, quienes exploran la relación dinámica entre el desarrollo de la identidad del ser humano con la naturaleza social de una nación.

El estudio de estos distintos postulados teóricos permitirá una comprensión multidimensional sobre la relación que se da entre los distintos sistemas que intervienen en la identidad de un ser humano en interacción con su contexto nacional, lo cual establece las bases

para la identidad nacional.

2.1 Identidad Personal

De acuerdo a Sosa, Bellelli, y Bakhurst (2008), la identidad personal es un constructo que existe gracias a la sensación de un 'yo' que perdura a través del tiempo a pesar de los cambios temporales y corporales. La identidad requiere, tanto de una memoria que pueda almacenar y recuperar ese constructo, como de una conciencia que pueda percibirse a sí misma y a su entorno. El cuerpo humano cuenta con un cerebro que, gracias a sus innumerables redes neuronales, puede almacenar información por largos periodos de tiempo y utilizarla después para sus propios fines. Además, cuenta con una serie de órganos sensibles a los estímulos del entorno que le permiten crear nuevos recuerdos y registrarlos en el encéfalo. Estas cualidades biológicas le permiten a una persona tener memoria, autoconciencia, y, por lo tanto, identidad, que en este aspecto se refiere a la representación de uno mismo, conformada en primera instancia por un conjunto de recuerdos sobre el propio ser.

Cada ser humano es producto de la unión sexual de dos personas del sexo complementario. Cada una de ellas aporta a través de los cromosomas la información genética necesaria para que se forme un ser humano completo. Durante la etapa embrionaria, el feto depende de los nutrientes que la madre le aporta por medio del cordón umbilical, cuando el bebé nace su desarrollo depende de los nutrientes que sus padres puedan aportarle, especialmente los de la leche materna en los primeros años de vida. (Mednick, Higginns, & Kirschenbaum, 1981)

Cuando un niño nace, los cambios psicológicos por los que atraviesa son casi con toda seguridad tan profundos como los cambios biológicos. Al nacer y salir del vientre materno, lugar donde sus necesidades se satisfacían al momento de manifestarse, existe un

aplazamiento entre la consciencia de una necesidad y la satisfacción de la misma. Esta consciencia que se manifiesta gracias a la estimulación neuronal por medio de los sentidos empieza a formar las primeras bases de lo que serán sus representaciones de la realidad.

A diferencia de la mayoría de los animales del planeta Tierra, los seres humanos dependemos de un adulto que pueda satisfacer nuestras necesidades más básicas durante los primeros años de vida. Ese adulto es, en la mayoría de los casos, la madre.

El vínculo con la madre es la primera relación social que experimenta el ser humano ya que esta es por lo regular la que se encarga de interpretar las señales del bebé para saber qué necesidad requiere ser satisfecha. De acuerdo a Lowe (1984) una estimulación es óptima cuando la madre comprende las necesidades de su hijo y organiza en consecuencia el medio circundante para protegerle de una estimulación excesivamente grande o excesivamente pequeña. Es a través de esta estimulación de los sentidos que el niño introyecta su realidad, predominando en esta etapa las sensaciones de la boca. Sigmund Freud nombró “Oral” a esta primera etapa del desarrollo.

La teoría psicoanalítica de Erik H. Erikson funda sus bases a partir de la teoría psicoanalítica Freudiana; ambas comparten la noción del desarrollo a través de varias etapas por las que el individuo tiene que pasar. Sin embargo, Erikson introdujo una nueva formulación que estudiaba las relaciones del individuo con su medio micro-social, desde el contexto familiar hasta el medio macro-social ubicado en un marco histórico-cultural (ver Cuadro 1.1). Descubrió también que la base de las crisis por las que pasa cada individuo es debido a que la mayoría de las culturas exigen diferentes pautas de conducta para los distintos niveles de edad. Partiendo de esta teoría, si una persona logra mantener su identidad a pesar de la secuencia de periodos críticos se puede decir que el individuo ha logrado superar exitosamente las

crisis; en caso contrario el individuo se encontrará confundido, fracasado y sin sentido. El factor que marca la diferencia es la interacción del “yo” con el proceso social en el cual se encuentre inmerso el individuo. (Maier, 2003)

DIAGRAMA DE TRABAJO DE ERIKSON SOBRE LAS FASES DEL DESARROLLO						
FASE	EDAD	CRISIS PSICOLÓGICA	RELACIONES SIGNIFICATIVAS	ASPECTOS FÍSICOS	MODALIDADES PSICOSOCIALES	ETAPA PSICOSEXUAL
I	0 - 2 Años	Confianza VS Desconfianza	Figura Materna	Chupar, morder y destete	Conseguir y Dar en Compensación	Oral
II	2 - 4 Años	Autonomía VS Vergüenza	Padres o Sustitutos Paternos	Control de esfínteres	Retener y Soltar	Anal
III	5 - 7 Años	Iniciativa VS Culpa	Familia Básica	Infantil-Genital, Locomotor	Jugar y hacer	Fálica
IV	6 - 12 Años	Industria VS Inferioridad	Vecindad y Escuela	Latencia	Elaborar y seguir procedimientos	Latencia

Tabla 1. Diagrama de trabajo de Erikson sobre las fases del desarrollo

Lo importante del trabajo de Erikson es que establece las condiciones que propician el desarrollo de uno u otro tipo de personalidad por medio de estas etapas. De este modo podemos analizar las condiciones bajo las cuales se propician ciertas características de personalidad sobre otras.

De acuerdo a los estudios de Erikson (citado en Maier, 2003), entre más éxitos tenga el individuo en superar sus crisis psicológicas se

desarrollarán capacidades cada vez más funcionales en él. En el escenario contrario, entre más fracasos tenga el individuo en superar sus crisis, no solo no desarrollará capacidades funcionales, sino que pueden comenzar a aparecer patologías psicológicas. La crisis del desarrollo subyacente es universal, y la situación particular se define culturalmente. A medida que se resuelve cada dilema, el individuo puede pasar a la fase siguiente tan pronto esté preparado biológica, psicológica y socialmente, y cuando su preparación individual coincida con la preparación social.

2.1.1 Del nacimiento a los dos años de edad

En la edad de los 0 a los 2 años se desarrolla el sentido de la confianza que el neonato debe lograr en esta etapa a través de una sensación de comodidad física y una experiencia mínima de temor o incertidumbre. Un sentido de la confianza básica ayuda al individuo a crecer psicológicamente y aceptar de buena gana las experiencias nuevas. Se acentuará la tendencia a las expectativas favorables respecto a las nuevas experiencias.

Durante los primeros 3 a 4 meses, los contactos más regulares y significativos entre el infante y su medio social se realizan a través de la absorción del alimento; su boca y su actividad de succión establecen el contacto primario con el mundo exterior; la madre es quien le acerca al mundo social. Este primer intercambio entre la madre y el niño es una fuente de fe que permite a una madre responder a las necesidades y a los reclamos corporales y psicológicos del bebé, de modo que el infante aprende, a confiar en ella, en sí mismo y en el mundo. No obstante, existen eventos importantes en la vida del infante como la dentición y el destete, los cuales pueden llegar a provocar en el infante sensaciones casi somáticas de desconcierto,

temor y descorazonamiento. La separación, por transitoria que sea, puede ejercer una profunda influencia negativa durante esta etapa formativa aguda. Si esas experiencias son demasiado traumáticas, el niño puede volverse extremadamente dependiente y tendrá dificultades para funcionar autónomamente. La frustración origina sentimientos de incertidumbre y un sentido básico de desconfianza cuando no se resuelven oportunamente.

Los bebés están indefensos, pero tienen madres a su disposición, familias que protegen a las madres, sociedades que sostienen la estructura de las familias y tradiciones que confieren continuidad cultural a los sistemas de cuidado y educación. La calidad de la atención materna depende hasta cierto punto del apoyo que la madre reciba de otros adultos de la casa, generalmente el esposo, de la familia en que nace el niño, del apoyo por parte de la sociedad y del modo en que la cultura garantiza la continuación de los valores fundamentales.

Por el contrario, si los padres fracasan por completo en la consecución de una verdadera intimidad entre sí, el mutuo aislamiento resultante o el desequilibrio de su relación tiende a ejercer graves efectos adversos sobre el desarrollo emocional de los hijos.

De acuerdo a Maier (2003) la primera etapa del desarrollo es la más importante, ya que es aquí donde surge el sentimiento afectivo básico de la confianza básica, lo cual es un factor determinante para el desarrollo del individuo en las fases sucesivas. Si el infante desarrolla este sentimiento en este primer periodo será capaz de enfrentar las adversidades que se presentarán en las etapas posteriores. A medida que aumenta la confianza del infante y comienza a adquirir control sobre su cuerpo, descubre que la conducta que desarrolla es por su

propia su voluntad.

2.1.2 De los dos a los cuatro años

En esta fase del desarrollo, es cuando el pequeño encuentra cada vez más difícil e indeseable permanecer quieto en un determinado espacio; quiere explorar y realizar nuevas proezas. Desde el punto de vista psicoanalítico, se concibe un aumento en la impulsividad del Ello y, simultáneamente, el infante desarrolla una mayor movilidad, una percepción más refinada, el mejoramiento de la memoria y una mayor capacidad de integración neurológica y social, lo cual contribuye a fortalecer el primitivo Yo del bebé. Esta identidad rudimentaria va de la mano con el desarrollo intelectual, de acuerdo con Piaget (citado en Lowe, 1984) el niño de dos años ha atravesado la fase de “inteligencia senso-motora” y comienza a demostrar “inteligencia conceptual”. Los estímulos ya no son meros acontecimientos sensoriales, ahora poseen significado y pueden formarse conceptos elementales. Su capacidad cognitiva incluye ahora un simbolismo rudimentario.

El cuerpo del niño empieza a crecer en tamaño, la ingesta calórica incrementa y genera un aumento energético en el cuerpo; la estructura ósea el niño se ha desarrollado y sus músculos han madurado, permitiéndole movimientos voluntarios. Este control muscular le permitirá erguirse sobre sus dos pies y, eventualmente, caminar sin apoyo externo. Del mismo modo, este control muscular recién desarrollado le permitirá controlar la evacuación de sus propios intestinos y regular sus funciones eliminatorias a través del movimiento voluntario de los esfínteres anal y uretral. Sin embargo, dominar estas partes del cuerpo requieren de un aprendizaje que debe provenir de un adulto. En las sociedades occidentales es común que

sea la madre quien, a veces acompañada del padre o de otros familiares, lleve a cabo esta función de adiestramiento esfinteriano, convirtiendo a la zona anal en el centro de los esfuerzos físicos, sociales y psicológicos del niño.

De acuerdo a Lowe (1984) el problema central del niño pequeño es que su situación bio-psico-social es extraordinaria e inherentemente antitética. El periodo de los dos a los cuatro años consiste en una serie de dilemas interconectados, donde el niño será castigado por actuar, y castigado por no actuar. Toda la preocupación porque el niño elimine a una hora y en un lugar determinado se centra alrededor de la aprobación y de la confianza que la madre dispensa a su hijo, de la autoestima de aquella, de la incomodidad y posterior alivio que siente el niño cuando se afirma la rutina. En esta etapa de entrenamiento, será normal que el niño fracase en algún punto y que no pueda manejar sus propios esfínteres, especialmente en los primeros intentos. Su conducta comienza a ser subordinada por la dirección de los adultos, por lo tanto, la reacción que los padres tengan sobre los fracasos determinarán de modo sustancial el resultado de esta etapa.

Sin embargo, la educación esfinteriana también conduce a una mayor autonomía del niño. A medida que el niño adquiere una relativa autonomía, e integra los factores orientadores de control y dirección, empezará a verse a sí mismo como un organismo que puede ser lo que quiera, y cuando comienza a percibir los límites entre él y su progenitor, o el sustituto de este, amplía su propio sentido de la confianza dentro de sí mismo.

El niño todavía es flexible; si conoce y comprende plenamente cuáles son sus límites y lo que se espera de él, en general su crecimiento será sano. El niño necesita de un guía sensible y comprensivo que sirva

como apoyo graduado, debe aprender a querer lo que puede ser y a convencerse de que él quería lo que tuvo que ser. Debe incorporar la experiencia de la frustración como una realidad de su vida, y concebirla como un aspecto natural de la vida, más que una amenaza total a su propia existencia. De lo contrario, un sentimiento cada vez más acentuado de duda y vergüenza de sí mismo comenzará a formarse; convirtiéndose en una carga intolerable, pues el niño se sentirá incapaz de demostrar su propio valor y dudará de su capacidad para convertirse en un ser independiente. El medio social del niño gravita de manera directa en su comprensión final de su sentido de la autonomía, para el niño de esa edad su conducta no es intrínsecamente buena ni mala; esos valores dependen de la definición cultural asignada.

A medida que el niño desarrolle autonomía e independencia, la madre tenderá a distanciarse poco a poco del infante para que ella pueda continuar con su vida personal. Este cambio en la conducta de la progenitora posee una influencia profunda sobre la psique del niño. Las conductas de atención y cariño son cada vez más condicionadas a la conducta social del infante, en especial de los resultados que el infante obtenga del entrenamiento de esfínteres. El sentido infantil de la valía personal se verá modificado, confirmado y refinado de ahí en adelante por sistemas complejos de castigos y recompensas de los padres, y de otras personas que aparecerán en su vida.

Todas las pautas de crianza provocan cierto sentimiento de duda o vergüenza. Lo que varía de una cultura a otra, o de una familia a otra, es simplemente a qué conductas se le fijan valores positivos o negativos.

El grado o el tipo de conducta permitidos al niño, y el modo en que

aquella es controlada, influirán directamente en la actitud del individuo hacia las organizaciones y los ideales sociales en una etapa ulterior de su vida. La pauta de la educación infantil determina la forma eventual de autoridad política que el individuo considerará más satisfactoria en su adultez.

2.1.3 De los cinco a los siete años

Entre las edades de cinco y siete años el niño comienza un desarrollo cognitivo verdadero, el funcionamiento intelectual se desarrolla mucho más allá del sistema de prueba y error. Además, comienza a hacer uso del lenguaje de un modo para expresar ideas y sentimientos bastantes complejos. Una vez que el infante ha llegado a este nivel de control consciente, el individuo puede avanzar rápidamente hacia nuevas conquistas en esferas sociales cada vez más amplias, ya que su medio social lo incita a desarrollar una actividad y a alcanzar una finalidad, provocando un sentido de iniciativa que impregna la mayor parte de la vida del niño, especialmente en esta etapa. (Lowe, 1984)

A medida que el niño inicia formas de conducta cuyas implicaciones trascienden los límites de su persona; incursiona en las esferas de otros y logra que estos se vean implicados en su propia conducta. Este nuevo enfoque incluye acentuados sentimientos de incomodidad, ya que la confiada autonomía que alcanzó es inevitablemente frustrada en alguna medida por la conducta de los demás. Por consiguiente, experimenta cierto sentido de culpa.

De acuerdo a (Maier, 2003) en esta etapa el individuo empieza a revelar una disposición a afrontar conscientemente sus impulsos internos. Desde una perspectiva psicoanalítica un primitivo ‘Super-yo’ se organiza a partir de “voces externas oídas con firmeza” que

aparecen de modo creciente en forma de “voces interiores” en la conciencia del niño. La conciencia se organiza a partir del “Super-yo” de los progenitores, y por la herencia sociocultural de su medio social; lo cual incluye los gustos y los criterios de clase, así como las características y las tradiciones culturales de la sociedad.

En este periodo, el círculo de relaciones sociales significativas se amplía considerablemente, la conciencia que el niño tiene de las personas psicológicamente importantes ya no se limita a sus padres y hermanos, sino que se extiende a otros adultos y a sus iguales. Además, es alrededor de los cinco años cuando los niños deben asistir ir a la escuela. Este simple hecho implica una tremenda y súbita ampliación de sus horizontes mentales, emocionales y sociales y se le alienta en forma creciente a que se ajuste a las enseñanzas de su sociedad. La escuela es la principal institución social que, junto con el hogar, indican al niño la gama de iniciativas apropiadas para él en ese momento de su vida, las cuales idealmente ayudan al individuo a desarrollarse de un modo más eficaz en el contexto de su cultura.

2.1.4 De los seis a los doce años

En los primeros años de vida el éxito o fracaso de esas etapas tan importantes dependen totalmente de la crianza de los padres. Sin embargo, conforme el individuo va creciendo dentro de la sociedad la cultura y los grupos sociales influirán de formas inmensamente relevantes en el desarrollo de la personalidad. Estas condiciones dadas forman parte del contexto con el que el individuo va a interactuar y, por lo tanto, desarrollarse.

La edad de los seis a los doce años se caracteriza especialmente por la influencia de los factores sociales. De acuerdo a Lowe (1984), en

esta etapa los instintos básicos del niño parecen estar dormidos y ya no intenta cambiar el medio para adecuarlo a sus propias necesidades, por el contrario, desea dominar sus problemas e intenta cumplir sus exigencias. El comportamiento del niño puede ser moldeado más fácilmente que en cualquier otro. Está dispuesto a aprender y a ser dirigido por otras personas que pertenecen a otro ámbito social distinto al familiar.

Desde que ingresa, la escuela valora su nivel de habilidad y competencias adquiridas por medio de reportes periódicos evaluativos. Y si llega a tener éxito en la estructura escolar, puede llegar a gozar de ciertos privilegios, como ser jefe de clase o prefecto. Durante esta fase, el niño descubre que hay diferencias entre sus capacidades de aprendizaje y sus habilidades sociales en comparación con la de sus compañeros, diferencia que se hace notar aún más cuando, tanto compañeros y maestros, reaccionan a su comportamiento. Las diferencias individuales, especialmente las biológicas y relacionadas al desarrollo corporal, pueden cambiar la experiencia del niño de modo radical. Los niños a esta edad suelen rechazar y aislar a aquellos que sean muy distintos a la media.

El niño pronto comprende que necesita hallar un lugar entre los individuos de su misma edad porque no puede ocupar un sitio de igualdad de condiciones entre los adultos y dirige sus energías hacia los problemas sociales que puede dominar con éxito. El temor que puede sentir un individuo se acentúa por el hecho de ser niño en un mundo de adultos y trata de resolver estos sentimientos de inferioridad utilizando todas las oportunidades que se le presentan para aprender todos los conocimientos que le comparte, o impone, la cultura. Es por esta razón que Erikson (citado en Lowe, 1984) indica que en esta etapa el desarrollo del niño se centra en la

“industriosidad”; lo cual se refiere a que el niño aprende cómo hacer las cosas, y se centra en dos aspectos principales: adquirir habilidades prácticas y habilidades de adaptación social.

2.2 Identidad Social

La identidad, en el griego clásico, se expresaba mediante el adjetivo y pronombre con función de demostrativo, lo que equivale, en latín a *ipse* (él mismo); o bien a *idem*. En estos casos, el demostrativo aparece utilizado para indicar que un sujeto o un objeto es el mismo. En esta concepción de origen platónico, la “autentidad” o autenticidad estaba dada por la misma entidad en cuanto era ella misma. Desde el punto de vista de la etimología latina, la expresión identidad es una forma latina tardía (*identitas*), que sugiere la idea de la misma entidad: *idem entitas*. Cuando se habla de la “identidad del sujeto” se considera -tanto en la mentalidad griega como en la latina- que el sujeto es lo que permanece debajo de los accidentes; pero permanece, al menos en parte, siempre igual, de modo que lo que era antes lo es ahora. (Daros, 2005)

La explicación etimológica que Daros (2005) nos ofrece en el párrafo anterior respecto a la identidad se puede relacionar con la noción que tiene Erikson y sus fases del desarrollo. De acuerdo a Erikson (citado en Maier, 2003), un individuo ha superado las crisis del desarrollo cuando su identidad puede mantenerse, a pesar de los eventos (en algunos casos traumáticos) que ocurren en estas fases. No obstante, Erikson nunca deja de señalar que, durante cada una de las fases del desarrollo, el individuo se encuentra siempre rodeado de personas con las cuales interactúa y que influyen en el desarrollo de su identidad.

De acuerdo a Daros (2005) la identidad tiene una capital importancia

ya que otorga sentido al hombre en su temporalidad. El origen del sujeto, su permanencia y la constatación consciente de la misma, permiten la organización del individuo y el establecimiento de una escala de valores, sociales y personales, que le da sentido de pertenencia a su vida. Tener este sentido implica hallarse en una red de relaciones de la que se es parte. Las personas, en efecto, no son seres aislados; sino que, en su realidad y concepción, es un ser social.

La identidad colectiva y la identidad personal se cruzan en innumerables interacciones sociales que ocurren entre el individuo y la sociedad. La realidad personal emerge dentro de una cultura que se encuentra en interacción con la vida pública y, por supuesto, está hecha de experiencias sensoriales que no pueden ser compartidas. Sin embargo, cuando la cultura pública y el individuo entran en contacto, ambos se ven afectados y se re-estructuran en distintos grados variables. (Sosa, Bellelli, & Bakhurst, 2008)

Explicar la identidad a través de las interacciones sociales es un tema que se ha abordado desde muchas aproximaciones teóricas. Los principios del aprendizaje social se basan en la teoría de la psicología conductual, Skinner (citado en Bandura & Walters, 1963) proporciona una detallada explicación del procedimiento del condicionamiento operante a través de aproximaciones sucesivas, por las que los individuos adquieren nuevas pautas de conducta. No obstante, Bandura y Walters (1963) consideran que las costumbres cotidianas se adquieren a través de lo que ellos llaman “programas variables” (lo que se entiende como un sistema de normas de conductas enfocados a mantener o extinguir comportamientos). Las pautas de conducta aprendidas tienden a generalizarse a situaciones distintas de aquellas en que se aprendieron, estando el grado de generalización en función del parecido entre la situación original de aprendizaje y el nuevo

grupo de señales de estimulación. En realidad, la conducta social sería muy ineficaz si en cada situación hubiera que adquirir un nuevo conjunto de respuestas. En tal caso, la socialización implicaría una serie interminable de procesos de ensayo y error, porque, debido a la constante variabilidad de la conformación de las señales sociales, rara vez se darían en situaciones nuevas las complejas respuestas aprendidas previamente. Para que el aprendizaje social sea efectivo requiere tanto una generalización adecuada como finas discriminaciones.

El éxito de estos programas variables se debe a que, a pesar de las diferencias que los individuos puedan poseer, la mayoría de los miembros de determinado grupo social comparten muchas experiencias sociales, lo cual provoca que los individuos respondan de un modo bastante similar a los estímulos. Dentro de cada sociedad, hay varios procedimientos para enseñar al niño a cumplir con las exigencias sociales e indudablemente, muchos de los cambios deseados se logran mediante un refuerzo social diferencial, que implica recompensar la conducta apropiada desde el punto de vista social, y el castigar las conductas que se buscan inhibir.

En las sociedades en las que la posesión de ciertos atributos determinados genéricamente brinda una reputación y facilita la adquisición de medios de gratificación, los factores constitucionales influyen inevitablemente sobre la naturaleza de las historias de aprendizaje social de las personas individuales (Bandura & Walters, 1963). Este proceso social provoca que determinados rasgos de conducta prevalezcan en la población más que otros y empiecen a generar estereotipos. La adquisición de estos rasgos sociales por parte del individuo es lo que conforma la base de la identidad social.

La teoría de la identidad social de Henry Tajfel (Scandroglio, López-Martínez, & San José Sebastián, 2008) se enfoca justo en esta interacción social que influye en el individuo. Tajfel propone que parte del autoconcepto de un individuo estaría conformado por su identidad social, lo que se traduce a “el conocimiento que posee un individuo de que pertenece a determinados grupos sociales junto a la significación emocional y de valor que tiene para él/ella dicha pertenencia”. De acuerdo a esta teoría, el comportamiento social de un individuo varía a lo largo de un continuo unidimensional demarcado por dos extremos: el intergrupalo, en el cual la conducta estaría determinada por la pertenencia a diferentes grupos o categorías sociales; y el interpersonal, en el que la conducta estaría determinada por las características personales idiosincráticas. Cuando el individuo adopta las características de conducta estereotipadas de determinados grupos, se produce un proceso de despersonalización que forma parte de su identidad social. En el caso contrario, si el comportamiento del individuo se determina por sus propias características idiosincráticas, especialmente si contrastan con el estereotipo grupal, hablamos de un proceso de personalización que forma parte de su identidad personal.

Puntualmente, Tajfel explica las características clave de la identidad social en estos puntos:

- Categorización: los seres humanos suelen clasificarse y clasificar a los demás en categorías, que sirven para etiquetar, diferenciar y discriminar desde el punto de vista de las nacionalidades, las culturas, las ocupaciones, las habilidades o inhabilidades de cada persona.
- Identificación: los seres humanos solemos asociarnos con grupos específicos con los que nos sentimos identificados y que reafirman nuestra autoestima.

- Comparación: los seres humanos solemos comparar los grupos a los que pertenecemos con los que pertenecen a otras personas, y solemos calificar al propio grupo con un sesgo que nos favorece.
- Distinción psicosocial: cada persona desea que su propia identidad sea a la vez distinta de las de los demás y positiva, al compararla con la de otros grupos de personas.

A parte de Tajfel, otros expertos han postulado modelos teóricos para explicar el comportamiento social. Worchel, Iannuzzi, Cortant e Ivaldi (Citados en Scandroglio, López-Martínez, & San José Sebastián, 2008) presentaron un modelo multidimensional de autodefinición identitaria, proponiendo cuatro dimensiones que influyen de forma separada sobre el comportamiento intergrupar: las características personales, la identidad intragrupal, la membresía grupal y la identidad grupal. Deaux (Citados en Scandroglio, López-Martínez, & San José Sebastián, 2008) por su parte, ha remarcado la necesidad de considerar, junto a los elementos formales derivados de la TAC, aspectos de contenido, señalando que el significado específico de cada categoría accesible para la autodefinición y los atributos vinculados a la ella pueden generar dinámicas cualitativamente diferentes.

Estas propuestas reflejan una tendencia común hacia el desarrollo de modelos en los que la autocategorización aparece como una configuración contextualmente cambiante de elementos interrelacionados; en la que los atributos de inclusividad y diferenciación se combinan, no ya de forma alternante, sino multidimensional.

2.3 Identidad Nacional

En la época de la pre-historia, la identidad personal moría junto con el cuerpo de la persona que la poseía y con la memoria de las personas cercanas al individuo. No obstante, los grupos humanos lograron desarrollar procedimientos para ampliar la capacidad de mantener registros del pasado, más allá de la capacidad de la propia memoria biológica de un cuerpo mortal y finito. Así fue como surgieron documentos escritos, sistemas de notación, poemas, historias, rituales y monumentos como formas de mantener la memoria, de hacer accesibles experiencias que caían mucho más allá del limitado espacio de tiempo de la vida de cada individuo. Estos artefactos hicieron posible que un individuo pudiera acceder a la experiencia acumulada por un grupo social. Que, dicho en otras palabras, hicieron posible la aparición de la cultura. (Sosa, Bellelli, & Bakhurst, 2008)

Los grupos sociales crecen y se complejizan conforme la tecnología permite a los seres humanos acceder a mucha mayor información a través de la interacción con otros individuos, lo que permite que la identidad de esos grupos perdure a través de varios siglos. Las sociedades conservan sus recuerdos, ya sea en forma de símbolos o en forma de prácticas sociales, algunas de las cuales están específicamente diseñadas para el recuerdo (ritos, desfiles, procesiones, homenajes, peregrinaciones, fiestas religiosas, cívicas o gremiales, etc.).

De acuerdo a Sosa, Bellelli, & Bakhurst (2008) una nación es “una población humana con nombre propio que comparte un territorio histórico, mitos comunes y memorias históricas, una cultura pública de masas, una economía común, así como derechos y deberes legales iguales para todos sus miembros”. Por su parte, Scandroglio, López-

Martínez, & San José Sebastián (2008) indican que el concepto de nación condensa todo un complejo de ideas que funciona como un símbolo unificador en tanto que represente diversas significaciones para los distintos grupos y cumpla un papel preponderante en la definición de las identidades de sus integrantes.

Estas definiciones nos dan a entender que cada nación posee una identidad determinada por varios símbolos unificadores que permanecen gracias a que se transmiten de generación en generación. La peculiaridad de estos recuerdos tiene un carácter voluntario en una utilidad volcada hacia el presente con el fin de que la identidad nacional en una sociedad se piense como perenne, eterna y necesaria. Evidentemente, para que esto se lleve a cabo dependerá de una cierta amnesia colectiva que haga posible seleccionar de la historia aquellos hechos o mitos que hagan viable el sentimiento de identidad colectiva.

En este sentido, la identidad nacional puede pensarse como el sentimiento de pertenencia a una colectividad que está definiendo al grupo mismo. En este sentido, la cohesión depende fundamentalmente del éxito que logren los diversos elementos simbólicos que sirven como referente de la nación misma, para construir una identidad nacional que se exprese por encima de las particularidades regionales, étnicas o de otro tipo.

Sosa, Bellelli, & Bakhurst,(2008) explican que los conceptos de autonomía, identidad, genio nacional, autenticidad, unidad y fraternidad forman un discurso que se expresa a través de símbolos y ceremonias tan presentes en el mundo en que los tomamos por supuestos. Incluyen los atributos nacionales como banderas, himnos, desfiles, moneda, capitales, juramentos, vestidos tradicionales, museos de folclore, monumentos de guerra, ceremonias de recuerdo

de los caídos por la patria, pasaportes y fronteras, además de otros elementos menos oficiales pero más populares como las fiestas nacionales, el paisaje, los héroes y heroínas nacionales, los cuentos infantiles, las fórmulas de cortesía, los estilos arquitectónicos, la artesanía, los modos de construir las ciudades y de ordenar el territorio, los procedimientos legales, las prácticas educativas, los códigos militares y todas esas costumbres distintivas, estilos y modos de actuar y sentir que se comparten por parte de los miembros de una comunidad cultural e histórica. Estos símbolos, costumbres y ceremonias son los aspectos más potentes y permanentes del nacionalismo ya que encarnan sus conceptos básicos, haciéndolos visibles para los miembros de la comunidad, comunicando los preceptos de una ideología abstracta en términos concretos y palpables que evocan respuestas emocionales instantáneas en todos los estratos de la comunidad.

Desde la perspectiva de Bartlett (citado en Sosa, Bellelli, & Bakhurst, 2008) los recuerdos tienen una emoción asociada a las prácticas sociales del recuerdo en las que objetos, conceptos, individuos, o acontecimientos son evocados. Así mismo, la capacidad de las narrativas para construir y preservar la identidad a través de los acontecimientos pasados estaría muy relacionada con el poder de producir emociones compartidas en un grupo. En este caso existe una conexión importante entre emoción y significado, o entre el acto de percibir al objeto que viene acompañado de un sentimiento. Lo cual asegura que la identidad nacional se implante a nivel personal en los individuos pertenecientes a cierta nación.

Esta serie de signos y símbolos terminan por establecer patrones de conducta esperados por cierta población. Tal y como lo mencionan Scandroglio, López-Martínez, & San José Sebastián (2008) el

fenómeno de la comparación social ocurre en diferentes dimensiones, el endogrupo establece su diferenciación respecto de los posibles exogrupos, tendiendo con la contribución del principio de acentuación a hacer mayores las diferencias intergrupales, especialmente en aquellas dimensiones en las que el endogrupo destaca positivamente. Desde la sociología política, Béjar y Rosales, (1999) identifican este fenómeno de la comparación social a nivel nación, lo cual provoca una construcción imaginaria de cierto orden en cuyo escenario intervienen políticas de reconocimiento que incluyen procesos de aceptación, negación, dominación o equidad. Estas políticas pueden ofrecer claves importantes para comprender los fenómenos de identidad en un contexto nacional, ya que permite observar el papel fundante que tiene, para la construcción de las identidades, ser reconocidos en forma positiva o negativa, igual, inferior o superior. Estos valores de superioridad, inferioridad e igualdad afectan las relaciones sociopolíticas que se establecen entre la dinámica social, política y civil; relaciones que legitiman o deslegitiman prácticas y creencias, jerarquizan identidades e intervienen en múltiples dimensiones humanas.

CAPÍTULO 3

EL CONTEXTO NACIONAL MEXICANO

Mexico es una nación, y como tal está conformada por una serie de símbolos unificadores que se han transmitido de generación en generación por medio de las prácticas culturales de sus habitantes y de las pautas de conducta que dictan las instituciones; las cuales se convierten en políticas que indican una serie de conductas esperadas por nosotros, los pobladores. A través de la historia, los mexicanos hemos interactuado con una nación que ha sufrido constantes cambios radicales en su organización social, los cuales han repercutido en las normas sociales dictadas por la sociedad pública y política.

Estas normas sociales dictan la forma en la que millones de mexicanos se deben comportar, lo que se traduce en conductas masivas que repercuten en todos los ámbitos de la sociedad y que lo caracterizan entre los demás países. Una muestra de lo que representan estas características las encontramos en un estudio realizado por el Observatorio Económico de México (2018), los cuales indican en cifras y porcentajes el estado actual de varios rubros sociales importantes. Para el año 2017 existieron en el país un 52.1% de empleos informales, mientras que el 41% de la población se encontraba en pobreza laboral. El 43.6% de la población se encontraba con al menos una carencia social y con un ingreso inferior a la línea de bienestar. El 7.6% de la población vivía en pobreza extrema; lo que significa que tienen 3 o más carencias sociales y un ingreso menor a la línea de bienestar mínimo. El 17.9% de la población se encontraban en rezago educativo; lo que significa que, teniendo 15 años o más de edad, no han alcanzado el sistema educativo básico. Actualmente existen 3 estados que no exceden el millar de escuelas de educación básica y media. El 16.9% de la

población no tiene acceso a servicios de salud, 56.6% no tienen acceso a la seguridad social. El 20.5% de la población no tiene acceso a servicios básicos, habiendo algunos estados como Chiapas, Guerrero y Oaxaca donde es más del 50%. En México, el 21.7% tiene carencia de acceso a la alimentación, en estados como Tabasco y Guerrero es del 40%. El promedio nacional de satisfacción con los servicios de agua se encuentra en un 50%. El nivel de corrupción percibida por parte de la policía se encuentra en niveles por encima del 50%. Siendo en la Ciudad de México, la capital, donde se percibe un 87% de corrupción. La tasa de incidencia de corrupción en el país es de 30 097 por cada 100 mil habitantes, rondando en estados como Sinaloa y el Estado de México en niveles que rondan los 60 000. La tasa de delincuencia nacional se encuentra en 37 017 por cada 100mil habitantes. Teniendo la capital de la ciudad un índice que rebasa los 50000. El 93% de los hogares mexicanos tiene una televisión y el 52% cuenta con TV de paga.

¿Cómo influyen estas condiciones sociales en el desarrollo del individuo que nace y crece en un país con tales características? Desde una perspectiva reduccionista y unidimensional sería incoherente, irrelevante e innecesariamente complicado contemplar la interacción existente entre un fenómeno psicológico individual con el contexto socio-político en donde se esté desarrollando. La aparente separación que existe entre las distintas áreas de conocimiento convierte en tabú un estudio de naturaleza multidimensional.

Lo contrario sucede dentro del marco interpretativo de la complejidad, y más específicamente, de la psicología compleja; que no solo vuelve relevante la interacción del fenómeno con el contexto, sino que lo considera un factor crucial para llegar al entendimiento pleno y profundo del fenómeno en sí. De acuerdo a Edgar Morin (2004), el conocimiento científico ha tenido por misión disipar la aparente

complejidad de los fenómenos y revelar el orden simple al que obedecen. Sin embargo, este modelo simplificador mutila el conocimiento, y llega a producir más ceguera que elucidación. Por su parte, el pensamiento complejo integra lo más posible los modos simplificadores de pensar, pero rechaza las consecuencias mutilantes, reduccionistas, unidimensionalizantes y finalmente cegadoras de una simplificación que se toma por reflejo de aquello que hubiere de real en la realidad. Como respuesta a las limitaciones percibidas contrarias al modelo simplificador y unidimensional del paradigma de la simplificación, los estudios multidimensionales comenzaron a emerger y varios teóricos comenzaron a considerar al contexto social como variable importante en los estudios de las personas.

El interés por conocer la influencia del medio social en la formación del desarrollo de la psicología del mexicano lo encontramos de un modo bastante explícito en los estudios de Rogelio Díaz-Guerrero, (1918 – 2004). Eminentemente académico que a lo largo de su trayectoria publicó cerca de 484 trabajos que aparecieron en revistas especializadas, o fueron expuestos en congresos de psicología; escribió 65 capítulos de libros y fue autor o coautor de más de 30 libros. Es a través de estos trabajos que se convence de que, para la cognición, la personalidad y el comportamiento de los humanos, las diferencias culturales son fundamentales. Desde su perspectiva, la sociocultura es un sistema de premisas interrelacionadas que norman o gobiernan los sentimientos, las ideas, la jerarquización de las relaciones interpersonales, la estipulación de los tipos de papeles, y los dónde, cuándo y con quién, y cómo desempeñarlos. Propuso una Psicología Mexicana a partir de analizar los resultados que sus estudios arrojaron, los cuales sugerían la necesidad de una psicología sociocultural de la personalidad. Sus investigaciones aportaron evidencia de que la cultura podía explicar la varianza significativa en varias dimensiones psicológicas. Esta varianza influía incluso en

ciertas patologías también, hallando que el origen de varias psicopatías en estudiantes de secundaria variaba con la clase social y el género. Es en este punto de su carrera académica que desarrolla la etnopsicología mexicana, entendiéndola como la teoría que afirma que la personalidad resulta de la perenne dialéctica entre la información cultural y la información biopsicosocial en cada individuo. Refiriéndose específicamente a la interacción entre las necesidades humanas y los mandatos de la cultura, sobre todo a la información que da la educación formal e informal en cada ecosistema humano, incluyendo las dimensiones económicas.

Otro académico interesado en la multidimensionalidad del fenómeno del comportamiento del mexicano es Castrejón Diez (1995), doctor en microbiología, político y escritor originario del estado de Guerrero. En su obra, Castrejón afirma que ninguna disciplina puede por sí sola explicar satisfactoriamente la realidad, tal y como él lo afirma en su libro *La Política según los Mexicanos*; su experiencia dentro de la administración pública y su cercanía con los mecanismos de la política nacional le permitieron seguir de cerca el comportamiento político del mexicano, sus cambios y las presiones que recibe desde el amplio espectro ideológico del país. Auxiliado por diversas teorías y enfoques filosóficos, antropológicos, sociológicos y políticos intenta comprender este fenómeno que abarca un análisis tanto de la conducta del mexicano como de su relación con la cultura política.

Otro autor que podemos agregar a la lista es Santiago Ramírez (2004) quien realiza en su libro “El mexicano, psicología de sus motivaciones” un análisis bastante puntual sobre la historia nacional y su influencia en la formación de la identidad cultural que permea a los ciudadanos que vivimos en ese país.

Por último, Mejía-Arauz (2015) en el libro *Desarrollo psicocultural*

de niños mexicanos, integra ocho trabajos relacionados a investigaciones sobre diversos aspectos del desarrollo de los niños; los cuales abordan configuraciones socioculturales, revisiones críticas de literatura actual sobre el desarrollo cognitivo y el lenguaje de niños mexicanos. En su obra nos demuestra que los niños desarrollan habilidades sociocognitivas de atención y observación caracterizadas por no estar focalizadas exclusivamente en los procedimientos de la tarea a ejecutar, sino que atienden y observan el contexto social donde se desarrolla esta tarea.

Estos autores de enfoques y campos de estudio distintos tienen en común la intención de demostrar las particularidades del desarrollo de las y los mexicanos, relacionadas con el entorno sociocultural del país.

En este capítulo se abordarán tres temas: en el primero se revisarán algunos aspectos clave en la historia del país que han marcado el desarrollo de la cultura actual, la cual está inevitablemente relacionada a la identidad del mexicano. En el segundo se describirán las características más determinantes en la formación académica de los habitantes de México y las consecuencias de este tipo de formación en sus estudiantes. Finalmente, en el tercero se tratarán los distintos estilos de crianza que predominan en las familias mexicanas y las consecuencias que tienen en el desarrollo psicológico de sus integrantes.

3.1 Historia de México

El ser humano no es una entidad independiente del tiempo, más bien se encuentra vinculado al pasado, la forma en que el pasado actúa y determina el presente se puede observar en la complejidad de la concepción cultural y en la práctica política que permite a elementos de diversa índole incidir en la formación de la identidad. En el caso

de los mexicanos gran parte de esta identidad se basa en los propios mitos que conforman nuestra historia, de acuerdo a Castrejón Diez (1995) la imitación y el trasplante de la cultura europea que ha caracterizado a nuestra historia ha propiciado una situación de diferencia entre la cultura originaria (mal llamada indígena) y la cultura europea, la cual ha sido el factor principal del desarrollo de nuestra historia nacional, lo cual ha derivado en un inevitable sentimiento de inferioridad en la psicología del mexicano

Ramírez, (2004) indica que a principios del siglo XVI, la población nativa de Mesoamérica—entendiendo por tal el México actual y Centroamérica— era, según cifras conservadoras, de tres millones trescientos mil habitantes; la zona que actualmente se conoce como México contaba con una población de al menos 2 400 000 habitantes. Este vasto número de habitantes no formaba un grupo homogéneo; diferencias idiomáticas, políticas y militares hicieron que ciertos grupos prevalecieran sobre otros, casi siempre como consecuencia de múltiples conquistas de tipo militar. Desde este punto de vista, la historia de Mesoamérica se puede ver como la sucesión de superposiciones culturales de acuerdo a las cuales la cultura de nueva incorporación sometía y sojuzgaba a la precedente. La tensión social provocada hacía que la relación entre la cultura sometida y los dominantes se caracterizara por un fuerte sentimiento de ambivalencia en donde se admiraba y odiaba simultáneamente al conquistador. Estas tensiones fueron evidentes para los españoles quienes descubrieron que existían fuertes sentimientos de hostilidad y rebeldía contra el grupo dominante y, por otra parte, una tensión intensa contra la clase teocrática-militar. Para los habitantes originales, la imagen del español se visualizó de dos diferentes modos: el grupo dominante vio en ellos una amenaza al considerar que representaban el retorno de Quetzalcóatl; quien había prometido volver, la clase sometida los visualizó con la esperanza de que ellos

vendrían a liberarlos del sometimiento que tenían con el imperio Azteca. Ramírez, (2004) afirma que lo que conquistó al mundo nativo fue la imagen que los propios pobladores originarios proyectaron en el conquistador; imagen idealizada de fuerza, de inmortalidad y de leyenda que el nativo llevaba en sus entrañas y que circunstancialmente colocó en el español.

Desafortunadamente para los habitantes de Mesoamérica, los Españoles no eran libertadores ni deidades. El ámbito cultural le había enseñado al español que lo que no había obtenido del destino, lo podía obtener de la aventura y la hazaña. En consecuencia, se gestó en ellos un sentido de autoafirmación y suficiencia; la religión era emblema para el español, justificativo y pretexto de su codicia; las guerras de reconquista y la expulsión de los judíos de la Península Ibérica, lograron que el español tuviera un sentido mesiánico de su destino, con base en el cual justificaba sus actos. Cuando los nativos de América descubrieron la verdadera naturaleza de los conquistadores cayeron en cuenta que el ciclo de sometimiento no había acabado, simplemente habían sustituido un tirano por otro nuevo el cual destacaba por ser codicioso y pragmático, tenía además atributos de lenguaje, religión y modos incomprensibles para el nativo conquistado quien sentía sobre sí la destrucción de su mundo, de sus valores, sus objetos y la relación con ellos; sentía despedazada así, su forma de vida e interacción. El nativo se había quedado desolado y destruido, en una situación profundamente melancólica. Para el pensamiento religioso español en ningún momento cupo la posibilidad de una conciliación; por eso a su llegada barrió con todas las manifestaciones externas del anhelo y espíritu religioso nativo. La edificación de la Iglesia cristiana sobre las ruinas de los templos religiosos fue un fenómeno de afirmación sádica mucho más que de juicio objetivo, pues consideraban necesario barrer con el espíritu de la comunidad civil y religiosa precedente.

Y dentro de este contexto sumamente “*sui generis*” nace el mestizo, siendo en la gran mayoría de los casos el resultado de la unión de un español varón y una mujer nativa, situación que daba lugar a una transculturación hondamente dramática. La mujer nativa se incorporaba bruscamente a una cultura para la que no se encontraba formada y su unión la llevaba a cabo traicionando a su cultura original; por lo tanto, el nacimiento de su hijo era la expresión de su alejamiento del mundo originario, pero no la puerta abierta al mundo europeo. La valoración que el español tenía en general para la mujer nativa fue negativa; él apreciaba todo lo que había dejado al otro lado del Atlántico y no encontraba en la tierra de conquista; añoraba el olivo, las bestias de carga domesticadas, el caballo, la vid y todo aquello que representara su pasado. La mayor parte de los mestizos nacieron bajo el estigma del desamparo y del abandono paterno. En aquellos casos en los que existió preocupación por el hijo, la razón estuvo dada muy primordialmente por el sentimiento de culpa, al que no poca parte contribuyeron los religiosos y el cual hizo posible la supervivencia del mestizo.

El criollo, por su parte, surge en una situación distinta, pero en el mismo contexto que el mestizo. Una vez hincados en la tierra, muchos de los españoles solicitaron la presencia de mujeres peninsulares, el trato que tenían con ellas y la actitud en sus relaciones interpersonales era marcadamente distinto: se trataba de mujeres anheladas espiritualmente en las cuales se proyectaban todos los sentimientos tiernos e idealizados, presentes en el interior del conquistador. El vástago de esta unión se encontraba por una parte, con una mujer altamente valorizada pero distante, barrocamente refinada, ocupada en festividades religiosas y civiles; y por otra la mujer nativa que le daba calor pero que culturalmente era considerada como un objeto. Esta situación influirá en el destino de la identidad del mexicano ya que, tanto criollo como mestizo, se encuentra ante un conflicto agudo

de identificaciones múltiples y complejas, víctima de contradicciones de signos opuestos que necesariamente dejarán insatisfecha una forma de su personalidad. Por lo tanto, es común que la etnia mestiza se transculture y adquiera formas de expresión diversas a las pautas de las cuales procede, adquiriendo los ideales y normas culturales del grupo al que se incorpore. Desde la época de la colonia, México, que en ese entonces se le nombraba Nueva España, se ha percibido como una subclase de cultura española, afectando a la ya de por sí confusa y sub-valorada identidad del mestizo mexicano.

Con la independencia, al igual que en la mayoría de los países latinoamericanos, la cultura del mexicano adquirió un nacionalismo como ideología con la intención de borrar la imitación cultural de pensamientos, estructuras e instituciones que dominaron sobre la población durante siglos y modernizaron las instituciones que ya no eran propias. El mexicano, en su mayoría mestizos y criollos, fueron los que decidieron romper la identidad con el viejo continente y afirmar la propia. Desde la perspectiva de Ramírez (2004), el mestizo y el criollo tratan de forma violenta y desesperada recuperar el poder y la masculinidad que el español le había negado por los siglos que duró la colonia. Surgen los años de independencia y la influencia del imperio francés comienza a predominar en el territorio mexicano por medio de un “afrancesamiento”, en donde la sociedad mexicana comienza a admirar la literatura, la novela, la música y el gusto de Francia. No tardó mucho para que este afrancesamiento comenzara a permear en la educación, la política y la cultura en general. Ante esta nueva presión externa se desarrollan dos movimientos sociales, específicamente las leyes de reforma y la lucha contra el Imperio Francés, como respuestas de afirmación identitaria. Sin embargo, esta reacción no encontraría su máxima expresión sino hasta la revolución mexicana, donde Porfirio Díaz había adquirido la figura de padre dictador.

De acuerdo a Béjar y Rosales, (1999) la revolución representó el inicio de la construcción de la identidad mexicana en tanto que recuperaría los elementos culturales que provenían del pasado nativo en contraposición de los valores extranjeros que en fallidos intentos anteriores se trataron de importar. El proyecto revolucionario culturalmente hablando, representaría la reivindicación nacional a través de la conservación y la defensa de los valores y tradiciones del pasado autóctono. En el discurso del nacionalismo revolucionario se manifestaba un proyecto político interesante: la construcción de un México que se definiría por excluir cualquier elemento de fragmentación y desunión, un proyecto homogeneizador que sataniza lo extranjero y promueve la universalización de la idea de “el mexicano”.

Sin embargo, la conflictividad de nuestro perfil colectivo radica en la tensión existente entre el impulso modernizador en economía los valores culturales y políticos propios de la tradición. Asimismo, nuestra identidad está tensamente referida a un imaginario autóctono prehispánico que nos hace identificarnos con la imagen del vencido y el colonizado, identidad que ha sido construida por negatividad y conflicto.

3.2 La función de las instituciones políticas de México

De acuerdo a Castrejón Diez (1995), todo análisis político requiere de un marco teórico de referencia que permita comprender la evolución cultural de la sociedad, ya que es la cultura la que le da el rumbo a las naciones. Berger (citado en Castrejon Diez, 1995) explica que la cultura es una construcción humana que moldea el ambiente con estructuras basadas en la propia experiencia humana, la cual se expresa en tres momentos: La externalización, en donde la cultura es producto del ser humano y la expresión de su experiencia. La objetivación, que es en donde la cultura se posiciona como realidad y norma social. La internalización, en donde la cultura se internaliza al ser humano, convirtiéndolo en un producto de la sociedad.

Para que esta dinámica pueda darse se requieren de instituciones públicas reguladas por un sistema gobernante. De acuerdo a Casterjón Diez (1995), la creación de la Secretaría de Educación Pública tuvo como propósito perfeccionar el sistema educativo sobre la noción de la tradición histórica como base para crear en los estudiantes la conciencia de pertenencia a una comunidad nacional y, de esa forma, establecer los lineamientos culturales que permitieran fijar la idea de que los mexicanos tienen un destino en común que compartir.

Las instituciones son utilizadas como normas o reglas derivadas de valores que condicionan el comportamiento, ofreciendo de esa forma una estructura rutinaria y estable sin la cual la vida social no podría funcionar. La cultura se canaliza a través de estas instituciones y éstas dictan los parámetros de conducta esperados en la población.

3.3 Características de las instituciones educativas en México

De acuerdo a Lowe (1984) los niños que ingresan a la escuela primaria, que es alrededor de los 5-6 años, se encuentra en una edad

en la que su comportamiento puede ser moldeado más fácilmente que en cualquier otro momento de su desarrollo; el infante se encuentra generalmente dispuesto a aprender y a ser dirigido por otras personas que pertenecen a otro ámbito social distinto al familiar. Por este hecho, podemos considerar a los adultos y a las instituciones educativas como responsables del proceso del desarrollo de los niños ya que son ellos (especialmente aquellos que se dedican a la docencia) quienes presentan al estudiante las oportunidades de participación en escenarios y actividades en donde pueda observar y participar siguiendo modelos y orientación en la interacción con personas y objetos. Mejía (2015) indica que a través de la experiencia escolar se provee de información al infante, ya sea con material o con herramientas simbólicas, para que pueda transferir los conocimientos y habilidades desarrolladas a otras situaciones que se le puedan presentar, conformando así un sistema complejo y altamente sofisticado para que los componentes interactúen entre sí y el niño construya su propio conocimiento del mundo físico y social.

En México, a pesar de que el 17.9% de la población se encuentre en rezago educativo y existan 3 estados que no exceden el millar de escuelas de educación básica y media (Observatorio Económico de México, 2018), la generalidad de los habitantes mexicanos inscribe a sus hijos a alguna institución escolar. En su mayoría las escuelas son administradas por el gobierno, siendo de carácter público y gratuito. Por su parte, las escuelas privadas cobran por ofrecer servicios educativos, supuestamente, más eficaces para la formación del escolar y, como es de esperarse, la experiencia que un niño pueda vivir en esta etapa de su vida estará bastante influido por la institución en la que se forme.

Díaz-Guerrero (1994), realizó varios estudios enfocados a identificar los efectos que la educación en México tiene sobre la población

estudiantil en donde indica que el cambio de la primaria a la secundaria causa un cambio radical en el desarrollo del mexicano ya que esta etapa se caracteriza porque los estudiantes se vanaglorian de todos los aspectos negativos del machismo, además el ambiente tiene muy pocos elementos que refuercen las actitudes positivas de los jóvenes; en cambio, abundan los galardones del prestigio y el poder para las actitudes violentas y destructivas. Los jóvenes de 13 a 15 años en las secundarias, y de 15 a 18 en las preparatorias, no reciben influencias positivas, ni de parte de las autoridades ni de las mesas directivas de alumnos. Prácticamente no hay maneras institucionalizadas y sistemáticas de admiración o respaldo de la sociedad para los logros positivos en los estudios en general, especialmente en las instituciones educativas públicas, lo cual es un factor relevante en el rezago educativo y el fenómeno de “fugas de cerebro” que padece el país en general.

A lo largo de la historia las comunidades urbanas de México han ofrecido más oportunidades de acceso a la educación formal y al desarrollo laboral y profesional, en contraste con las oportunidades de este tipo que tienen las comunidades rurales y predominantemente nativas. Un estudio realizado por Backhoff, Andrade, Sánchez y Peón (citado en Mejía, 2015) corrobora la importante brecha en el aprendizaje entre las diferentes escuelas, desde el nivel preescolar hasta nivel secundaria, pues aun cuando se alcanza un nivel promedio de desempeño en el nivel básico de los campos evaluados, en las aulas de escuelas comunitarias y rurales el rezago es lo suficientemente significativo como para repercutir posteriormente en la instrucción académica, pues un porcentaje (74–81%) de alumnos de escuelas comunitarias y rurales apenas logra adquirir las habilidades básicas establecidas en la prueba aplicada para lenguaje y comunicación, tales como reconocimiento de características de las palabras, letras o la dirección de la lectura, lo cual evidencia un dominio suficiente o

fundamental para progresar en la materia; mientras que en las escuelas públicas y privadas de la zona urbana y de centros privados el porcentaje de alumnos que adquiere estas habilidades aumenta (93–99%). Es evidente que las condiciones socioculturales de la familia del escolar determinarán la calidad de la integración del educando en la cultura escolar, así como en la adquisición de aprendizajes escolares, de acuerdo a los estudios de Backhoff (citado en Mejía, 2015) el rendimiento académico es directamente proporcional al nivel sociocultural, relación que se reproduce sistemáticamente para cada estrato escolar, razón que también explica por qué los niños de familias económicamente más estables pasan más tiempo en instituciones o en situaciones socialmente más estructuradas y restringidas que en las familias con economías más frágiles.

Otra característica de la escuela mexicana contemporánea, especialmente la localizada en zonas urbana, se tiende a dirigir a que los niños realicen su trabajo en forma individual o independientemente de los otros, sin compartir sus aprendizajes y en algunos casos en abierta competencia entre ellos; por lo que es de esperar que esta permanencia continua y larga en estas condiciones influya en el desarrollo de los niños. Este tipo de estructura de enseñanza, que los forma para la vida laboral o profesional futura, resulta contradictoria ya que al salir de la escuela estas personas entrenadas en la individualidad y competencia se encuentran con empleos que les solicitan habilidades para el trabajo en equipo y para el desarrollo de soluciones colaborativas. Además, las investigaciones realizadas por Mejía (2015) reflejan que los niños urbanos de nivel socioeconómico medio o medio alto se dedican prioritariamente a actividades extraescolares en escenarios bajo organizaciones sociales escolares o muy similares y, si bien esta formación académica tiene aportes al desarrollo de los individuos, la estructura tan rígida y dirigida da poca oportunidad a los estudiantes para que puedan

organizar su propio tiempo y puedan aprender a ser creativos, originales y auto-dirigirse; además el desarrollo educativo tiene una marcada tendencia individual. De acuerdo a Mejía (2015) esta situación es desafortunada ya que sin la colaboración no sólo se estanca el aprendizaje y el desarrollo a nivel personal, sino que, visto desde una dimensión social, la colaboración se ve detenida entre las distintas comunidades de las regiones del país. En contraste con esta situación citadina, muchas comunidades nativas y rurales de México organizan las actividades diarias de los niños para involucrar las labores de la casa con las actividades escolares; para estas familias la participación de los niños en labores del hogar o en la búsqueda del sustento familiar se valora como parte importante de su educación y desarrollo como miembros de la comunidad.

3.3. Las raíces de la cultura familiar mexicana

De acuerdo a Esteinou (citado en Mejía, 2015), la familia tradicional prevalece en ciertos grupos nativos desde la época prehispánica en México, los rasgos autoritarios y colectivistas de este tipo de organización familiar, entre los cuales varias comunidades aún existen en nuestros días, provocaron que la autoridad fuera ejercida por distintos miembros del grupo familiar y que se establecieran relaciones de cooperación económica para la subsistencia; para estas familias los hijos tienen un valor económico porque aportan con su trabajo a la sobrevivencia del grupo familiar. Del mismo modo, las relaciones afectivas y de intimidad se han visto limitadas y los lazos afectivos se diseminan entre la red de parientes; es común que la familia de origen y la comunidad participen en arreglos matrimoniales frecuentemente. En este tipo de familias el sentido de intimidad doméstica es reducido, pero las relaciones familiares al interior son distantes.

No obstante, la mayoría de las familias de contextos urbanos en México se derivan de la familia nuclear patriarcal restringida, la cual se desarrolló durante la época colonial. Esta organización familiar destaca por darle mayor relevancia a la unidad conyugal y menos a la comunidad desarrollando pautas individualizantes. De acuerdo a Esteinou (2005) este tipo de familia la constituyeron los españoles residentes urbanos en conjunto a la iglesia católica, la cual insistió en las diferencias de género emanadas del orden jerárquico patriarcal, desigual y autoritario, favoreciendo el desarrollo del familismo. El matrimonio se volvió un espacio donde la sexualidad y el afecto se unieron, desplazando así los intereses económicos colectivos.

Este tipo de familia evolucionó a la familia nuclear doméstica cerrada, la cual surgió en México a partir de la mitad del siglo XIX por el proceso de secularización del estado mexicano, por la conformación de códigos civiles republicanos, por la formación de las escuelas como espacios destinados a la educación y la instauración del matrimonio como un contrato civil. Estos cambios produjeron la separación del núcleo conyugal y la conformación de la familia como un espacio donde se desarrollaría la domesticidad, la intimidad, el amor romántico, el cuidado de la niñez y el sentimiento de que la familia es un espacio para la expresión del afecto (Esteinou, 2005). Es en este periodo del desarrollo la sociedad mexicana estableció también la delimitación de roles genéricos a partir del punto de vista biológico; las mujeres se orientaron hacia la crianza de los hijos y su papel se desarrolló en el espacio privado; los hombres en cambio definieron su rol público de proveedores y responsables de la movilidad social del grupo familiar.

CAPÍTULO 4

IDENTIDAD DEL MEXICANO

Los estudios revisados hasta este punto han demostrado que la cultura de una determinada sociedad influye de un modo determinante en las prácticas de crianza de la población; lo cual, a su vez, establece las bases para la construcción de la identidad del individuo, así como de sus procesos cognitivos. De acuerdo con Sierra y Pérez (2014) ha habido en la última década una serie de investigaciones que demuestran que las prácticas parentales constituyen un ejemplo representativo de cómo el comportamiento humano puede estar influenciado por sistemas externos que están más allá de los procesos interindividuales e intrafamiliares y que además pueden favorecer la aparición de esquemas cognitivos mal adaptativos que guían el comportamiento de los progenitores respecto a la crianza de sus hijos. Por su parte, Mejía-Arauz (2015) afirma que las variantes en el desarrollo de los niños están muy relacionadas con las prácticas de vida que se organizan según las costumbres y necesidades de sus familias y grupos culturales en donde participen, así como también con la diversidad en las condiciones de vida y oportunidades -o carencias- que ofrezcan los contextos en donde vivan. También se revisaron algunos aspectos únicos respecto al contexto nacional mexicano para comprender la influencia que estas variables pueden tener en el desarrollo de la identidad de los mexicanos, siendo la educación, el contexto histórico-cultural y los estilos de crianza las variables más determinantes en la formación de la identidad del mexicano.

El objetivo de este capítulo consiste en identificar las características que más destacan en el desarrollo de la psicología de los mexicanos.

A partir de los estudios realizados por varios autores enfocados al tema de la psicología del mexicano, principalmente de Diaz Guerrero (1994) y Manuel Aceves (2000), se describirán los rasgos particulares que destacan en los principales perfiles de personalidad del mexicano, las peculiaridades de los patrones de conducta identificados como patológicos y finalmente, se hará un breve análisis sobre las principales figuras “arquetípicas” que, gracias a la peculiar historia mexicana, se han implantado en el pensamiento colectivo nacional.

4.1 Perfiles de Personalidad del mexicano

Rogelio Diaz-Guerrero (1994) y un grupo de investigadores, realizaron una serie de estudios transculturales para conocer las maneras típicas de ser del mexicano a través de comparar, con pruebas psicológicas y entrevistas, a sujetos mexicanos con sujetos de otras naciones para poder determinar qué es lo que sí es mexicano en contraste con lo norteamericano, japonés, inglés o yugoslavo. Los descubrimientos de estos y otros estudios sugirieron que la psicología de los mexicanos estaba originada por su cultura y sus efectos se podían ver reflejados en la personalidad de los mexicanos.

Los resultados revelaron cuatro perfiles principales de personalidad en los mexicanos y estos tipos se clasifican en función del grado hasta el cual aceptan las creencias prevalentes en la sociedad y cultura mexicanas. Claro que esta es una clasificación genérica, cada uno de los mexicanos desarrollará al final un tipo de personalidad único, de acuerdo con su capacidad innata y con la experiencia familiar que hayan vivido con sus padres.

Los nombres de estos tipos son:

- a) mexicano pasivo, obediente y afiliativo
- b) mexicano rebelde activamente autoafirmativo

c) mexicano con control interno activo

d) mexicano con control externo pasivo

4.1.1 Mexicano pasivo y obediente-afiliativo

El mexicano del tipo pasivo y obediente-afiliativo se caracterizan principalmente por ser bastante disciplinados ante las reglas y órdenes provenientes de las figuras de autoridad y su conducta dependiente exhibe poco o nulo interés en ser un individuo autónomo.

- Presencia en la población mexicana: el tipo más común.
- Presencia geográfica: principalmente áreas rurales, provincias del centro y en el sur de la República.
- Presencia socioeconómica: principalmente en clases socioeconómicas bajas, en comparación con las clases medias y altas de las grandes ciudades.
- Comportamientos exhibidos en la familia: son obedientes a las reglas familiares y a las órdenes por parte de sus padres.
- Principales rasgos de personalidad: poca necesidad de autonomía, disciplinados, conformistas, buscan complacer a las demás personas (principalmente a las figuras de autoridad), buscan estar en compañía de otros compañeros o familiares.
- Principales características en adolescentes de 11–13 años de edad: presentan un buen control de impulsos, son complacientes con sus maestros por voluntad propia. Desde una perspectiva compleja, poseen un “auto concepto” coherente y congruente con las exigencias del campo social. Por lo regular las calificaciones que puede obtener en esta etapa escolar son generalmente altas.
- Principales características en adolescentes de 14–16 años de edad: mantienen orden en sus acciones, son pulcros, poco impulsivos y

muy pacientes. En la escuela suelen tener calificaciones bajas, poca velocidad de lectura y comprensión de textos; además, el coeficiente intelectual de varias pruebas de inteligencia suele ser bajo.

- Principales características en jóvenes adultos de 18 años de edad: la obediencia a las autoridades familiares se mantiene, así como en la escuela y en otros ámbitos sociales. Exhiben una fuerte necesidad de que sus familiares y amigos los tengan en alta estima; se preocupan por su reputación, así como de las opiniones que otras personas tengan de ellos al punto de actuar meramente para obtener aprobación y reconocimiento por parte de los demás.
- Comportamiento social: serán por lo general muy educados, demostrarán buena conducta y serán corteses. Se esforzarán por crear una buena impresión en las personas, derivado de su meta de ser percibidos como respetables y agradables, buscando comportarse de acuerdo con la norma social.
- Perfil como adulto: debido a sus características tan dóciles, pueden encantar fácilmente a dueños, líderes y jefes de cualquier institución; no obstante, muy probablemente no llegarán a tener posiciones directivas, debido principalmente a la falta de iniciativa propia de valerse a sí mismos. Buscarán la protección de personas más poderosas que ellos para funcionar de una manera consistente, ordenada, organizada, educada y disciplinada. Al perder la protección de las personas suelen sufrir graves episodios de ansiedad y un sentimiento profundo de desamparo.

4.1.2 Mexicano rebelde activamente autoafirmativo

- Este tipo de mexicano se caracteriza principalmente por oponerse a la obediencia de las principales figuras de autoridad, principalmente de sus padres. Tienden a ser independientes, autónomos, autosuficientes e individualistas.
- Presencia en la población mexicana: es el segundo tipo más común.
- Presencia geográfica: principalmente en áreas urbanas
- Presencia socioeconómica: principalmente en clases socioeconómicas medias y altas, en comparación con las clases bajas.
- Comportamientos exhibidos en la familia: son ingobernables y resistentes a las reglas familiares y a las órdenes por parte de sus padres. Si el medio ambiente familiar les es hostil, tienden a aislarse y a convertirse en individuos solitarios.
- Principales rasgos de personalidad: exhiben una mayor necesidad de decidir las cosas por sí solos. Son más dominantes y agresivos que otros compañeros, pueden lastimar los sentimientos de sus compañeros para alcanzar sus objetivos. Pueden ser vengativos, beligerantes y toscos, no obstante, pueden ser más perceptivos que otros compañeros de su edad y definir con más claridad los problemas con los que se enfrentan.
- Principales características en adolescentes de 11–13 años de edad: tratan de influenciar o dirigir a sus coetáneos, expresan sus opiniones con fuerza y asumen el papel de líder. Les agrada supervisar a sus compañeros, sin embargo, tienden a ser desorganizados y no les importa mantener sus efectos personales en orden. Pueden llegar a ser inconsistentes, variables y poco preparados en sus actividades.
- Principales características en adolescentes de 14–16 años de edad: se manifiestan impulsivos, impacientes e impetuosos, pareciera que están siempre de prisa, dando rienda suelta a sus deseos y emociones.

Hablan de manera espontánea, libremente y sin inhibiciones; demuestran poco interés en obtener la aprobación de la sociedad o de la autoridad, no les importa lo que los demás piensen, son poco sensitivos a las necesidades sociales y al orden social. Intelectualmente se encuentran en un nivel superior a sus compañeros de edades similares; la velocidad y el nivel de comprensión de lectura suele estar más alto que el de sus coetáneos.

- Principales características en jóvenes adultos de 18 años de edad: seguirán manifestando rebeldía ante cualquier figura de autoridad (padres, maestros, policías, etc.), colocando la autonomía como necesidad fundamental. Buscan la independencia económica y la autosuficiencia, lo cual los puede volver aislados, solitarios y con pocos amigos. Es más común que experimenten una mayor ansiedad personal y una hostilidad marcada hacia el medio social circundante, no obstante, su desarrollo intelectual seguirá manteniéndose superior a los demás.
- Comportamiento social: dada su naturaleza rebelde, ingobernable e inconforme, es posible que durante su juventud participen en movimientos extremistas de manifestaciones políticas, en algunos casos excesivos podrían terminar en la cárcel.
- Perfil como adulto: si pueden controlar sus impulsos en su vida, el resultado de tener este tipo de personalidad le pueda ser favorable, ya que sus rasgos de personalidad le ayudan a superar restricciones establecidas por la sociedad mexicana. Ellos llegan a la madurez adulta con una combinación de necesidad de autonomía, autoafirmación y autosuficiencia; tales cualidades permiten que puedan ocupar puestos gubernamentales, posiciones ejecutivas altas o desarrollarse como buenos profesionistas independientes.

4.1.3 Mexicano con control interno activo

Este tipo se caracteriza principalmente por tener suficientes recursos internos para adaptarse eficientemente a la cultura mexicana, evitando las exageraciones y los aspectos nocivos de la misma.

- Presencia en la población mexicana: poco común.
- Presencia geográfica: no parece haber alguna correlación con la zona geográfica.
- Presencia socioeconómica: no parece haber alguna correlación con la clase socioeconómica.
- Comportamientos exhibidos en la familia: son bastante afectuosos, obedientes y complacientes con sus padres.
- Principales rasgos de personalidad: son responsables, inteligentes y cumplidos. Poseen abundantes recursos internos para enfrentarse a la mayoría de los problemas que afrontan; son sistemáticos, ordenados y disciplinados. Tienden a pensar antes de actuar, pero pueden ser audaces si la situación lo amerita.
- Principales características en adolescentes de 11–13 años de edad: a partir de esta edad se puede observar niveles altos en velocidad de lectura y comprensión de textos. Suelen ser cumplidos en sus tareas y desarrollan un criterio elevado, en comparación con sus coetáneos.
- Principales características en adolescentes de 14–16 años de edad: debido a la falta de estimulación intelectual en las escuelas secundarias prefieren tener amistades fuera del ámbito escolar. La mayoría mantiene un nivel intelectual alto y por lo regular son buenos estudiantes. Se muestran menos defensivos y se puede observar un nivel bajo de ansiedad en comparación con sus compañeros. A diferencia del perfil rebelde auto-afirmativo pueden exhibir un nivel menor de asertividad y autonomía.
- Principales características en jóvenes adultos de 18 años de edad: al

final de la preparatoria y la universidad su nivel intelectual retoma fuerza. Mantienen los valores constructivos y positivos, sin embargo, la necesidad de libertad e independencia no es tan imperante debido a que gozan de lo que Díaz-Guerrero llama “libertad interna”.

- Comportamiento social: debido a su gran flexibilidad, a los recursos internos que poseen, su actitud abierta, sus habilidades para complacer sin servilismo, además de sus actitudes contra la corrupción y su marcado desarrollo intelectual, suelen desenvolverse de un modo exitoso dentro de casi todos los contextos sociales mexicanos.
- Perfil como adulto: es bastante probable que la mayoría de estos mexicanos pasen su vida realizando labores honradas y honestas, pero sin el reconocimiento de la sociedad mexicana (que por lo regular premia a aquellos que consiguen poder a través de métodos inmorales y corruptos). Si algunos llegan a tener éxito y reconocimiento, podrán ocupar posiciones políticas importantes o destacar en uno o más campos profesionales.

4.1.3 Mexicano con control externo pasivo.

Este tipo se caracteriza principalmente por carecer de un control interno, lo que los vuelve impulsivos y rebeldes, además de tener un coeficiente intelectual bajo, lo que les dificulta enormemente tomar el liderazgo de su ambiente social. Suelen ser serviles con personas de mayor rango social.

- Presencia en la población mexicana: medianamente común.
- Presencia geográfica: no parece haber alguna correlación con la zona geográfica.
- Presencia socioeconómica: no parece haber alguna correlación con la clase socioeconómica.

- Comportamientos exhibidos en la familia: las madres de estos niños se muestran insatisfechas con su progreso escolar y preocupadas por su persistente desobediencia, agresividad e impulsividad.
- Principales rasgos de personalidad: son descontrolados, irresponsables, pesimistas, rebeldes y desobedientes. Se enojan fácilmente, pelean constantemente y son vengativos. Su desorganización interna hace que carezcan de habilidades sistemáticas y meditadas para lograr sus objetivos por ellos mismos, lo cual los vuelve dependientes de otras personas. Son bastante cínicos, además de que suelen afirmar que la corrupción es un hecho y que tomarán provecho de esa situación.
- Principales características en adolescentes de 11–13 años de edad: su personalidad es poco auténtica, replica los comportamientos de sus compañeros, especialmente aquellas actitudes inmorales que permiten una gratificación egoísta y rápida. Suelen copiar en los exámenes y hacen trampa en muchas actividades con el fin de ganar y sobresalir.
- Principales características en adolescentes de 14–16 años de edad: en la secundaria se le acepta por demostrar características de agresividad y rebeldía, sin embargo, no destaca por su intelecto. Académicamente, sus calificaciones no son altas y su comprensión de textos, así como la velocidad de lectura, se encuentra en niveles inferiores a la media de sus compañeros.
- Principales características en jóvenes adultos de 18 años de edad: son más ansiosos que sus coetáneos, menos creativos, más defensivos y probablemente más mentirosos. En esta edad comienzan a exhibir una incipiente pero genuina necesidad de autonomía, posible reflejo de su éxito como secuaces de otros líderes.

- Comportamiento social: su personalidad cínica, irónica, amargada y corrupta hacen que estos individuos aprovechen cualquier oportunidad para buscar y provocar las situaciones más convenientes para ellos y conseguir una posición de poder dentro de la sociedad.
- Perfil como adulto: es bastante probable que la mayoría de estos mexicanos pasen su vida realizando actividades delictivas, deshonestas y corruptas. Dado el bajo nivel intelectual, la mayoría de ellos terminarán siendo ladrones de poca monta o sicarios, miembros menores de pandillas urbanas o cárteles de narcotraficantes. Si el individuo desarrolla un intelecto superior, puede que termine en una posición política, pero destacando principalmente por estar en medio de constantes escándalos de corrupción.

4.2 Características del desarrollo de la identidad de los mexicanos

Si bien el desarrollo de la identidad depende de una serie de factores genéticos, biológicos, neurológicos, psicológicos, sociales y culturales, de acuerdo con Erikson (citado en Maier, 2003) las condiciones del ambiente social son cruciales para que las capacidades funcionales del individuo se perfeccionen y formen una identidad personal funcional y adaptable al medio; o de lo contrario, una identidad disfuncional y poco adaptable al ambiente comenzará a manifestarse en el individuo.

La relación entre las condiciones sociales de un determinado país y el estado mental de sus habitantes es un aspecto central de los trabajos de Diaz-Guerrero (2004) y otros autores que han realizado numerosos e importantes estudios cuyo impacto repercute en un conocimiento más preciso de comportamientos individuales y sociales críticos, así

como de maneras factibles de comprensión de conducta. Otros estudios relacionados son los realizados por Castrejón Diez (1995), quien consideró que el mexicano posee un rasgo psicológico central, la auto-denigración, derivado de una extraordinaria expectativa de compararse con la cultura del viejo continente y considerar que somos una sociedad moldeada por la civilización europea, pero desarrollada tardía y parcialmente dada la lejanía, formando así un arraigado sentimiento de inferioridad étnica; derivando en una organización social que exhibe rasgos de la psicología del mexicano, quien trata de cobijar un sentimiento de inferioridad auto-impuesto, además de mostrar una excesiva preocupación por afirmar su personalidad.

4.2.1 Características de los estilos de crianza familiar en México

Analizar la totalidad de las distintas pautas de crianza requeriría un trabajo imposible de realizar, ya que eso supondría estudiar cada una de los millones de familias que existen en el país. En lugar de eso, lo que se busca es comprender la relación existente entre la identidad y la crianza familiar mexicana, tomando como base los hallazgos de algunos estudios enfocados en esta relación.

Según la Real Academia Española (2001), el vocablo criar deriva de creare, que significa ‘nutrir y alimentar’, ‘cuidar, instruir, educar y dirigir’. No obstante, “crianza” también se puede definir como «el conjunto de acciones de atención dirigidas a los niños, basadas en patrones culturales, creencias personales, conocimientos adquiridos y posibilidades fácticas que presentan los dadores de cuidados» (Rodrigo, et al., citado en Infante y José, 2016).

La influencia de la crianza familiar en el desarrollo del “auto-concepto” es una relación compleja que ha sido abordada desde distintos enfoques de estudio, principalmente en el campo de la

psicología, como ejemplo podemos mencionar a Muñoz (citado en Infante y José, 2016) quien indica que la familia es uno de los principales contextos de desarrollo del individuo, por lo que se convierte en el más propicio para la crianza y educación del ser humano, ya que es ahí donde se promueve su desarrollo personal, social y cognitivo.

Erikson (citado en Lowe, 1984) afirma que el adecuado desarrollo biológico y mental está directamente relacionado a la calidad de los estímulos que reciba el recién nacido. Mejía (2015) nos indica que la base del aprendizaje en los niños pequeños resulta de la imitación de una serie de pautas de naturaleza social que incluye enseñanzas fundamentales como el desarrollo del lenguaje, la comunicación y la cognición. De acuerdo con Erikson (citado en Maier 2003), estas enseñanzas fundamentales son dictadas por el contexto cultural, con ellas se instruye a los infantes a través de las tradiciones familiares, proporcionando de esta forma una continuidad cultural que se perpetúa en cada individuo. El infante aprende estas pautas por imitación, casi siempre de sus figuras paternas, la cual sigue estando de alguna manera presente a lo largo de la vida en las actividades que se van aprendiendo por medio de la colaboración dentro de todos los círculos sociales, principalmente en el ámbito familiar.

Otra de las aportaciones de Díaz-Guerrero (1994) se relaciona con la descripción de la dinámica familiar del mexicano, la cual tiene su base en las funciones que los miembros toman de acuerdo a su posición. En el caso de los padres, se observa una dinámica dual que destaca, por un lado, la “supremacía del padre” y por el otro, “el necesario y absoluto auto-sacrificio de la madre”, lo cual termina siendo la base de la estructura de la familia mexicana. De acuerdo con Díaz-Guerrero, (1994) el papel de la madre siempre ha adquirido su

adecuada expresión en la negación absoluta de toda satisfacción egoísta como sacrificio en beneficio de los miembros de su familia, ella es la que debe de estar a cargo de la educación de los hijos, de tener alimento en casa, orden y limpieza dentro del hogar. La esposa se somete a la imagen de “esposa ideal” de su esposo, la cual está formada por su propia experiencia infantil, buscando en su pareja una réplica de las conductas de su propia madre; pero como esto es simplemente imposible, ante la frustración el esposo es a menudo cruel y brutal hacia la esposa. Dentro de su papel de madre, la mexicana es profundamente afectuosa, tierna y sobreprotectora del infante, siendo hondamente amado, acariciado y admirado durante los primeros años y luego, con presión de intensidad siempre creciente, el infante y el niño deberán llegar a ser bien educados y convertirse en los niños modelos para poder encajar en el sistema de obediencia absoluta de los padres. Esta obediencia, humildad y respeto necesarios a los mayores, se imponen en gran número de formas, tales como aleccionar en cortesía y buenas maneras. Un niño bien educado deberá responder con frases de sumisión, tales como “a sus órdenes”, “mande”, “para servirle” y otras oraciones parecidas, de las cuales la lengua española está saturada.

En cambio, el padre por lo regular se desentiende de estas responsabilidades, además de que es una práctica común el hecho de que el padre se separe de una familia para empezar otra. El padre de familia que no abandona a su familia suele dedicarse a trabajar y proveer, pareciera que no le interesara la situación que se vive en casa con los demás miembros de su familia; solo demanda que se le obedezca. Hacia sus hijos muestra afecto, pero antes que nada, autoridad. Y aunque él no los siga, demanda adherencia a los preceptos religiosos y maternos, a menudo imponiendo autoridad dependiendo de su estado de humor.

El nacimiento de una niña, dentro de ciertas familias mexicanas, suele tener rasgos de tragedia emotiva, ya que este hecho significa en primera instancia una desventaja económica para la familia, ya que las oportunidades laborales en el país son todavía desfavorables para las mujeres; además de que los varones de la familia tendrán que aceptar la intrusión de la pareja de la mujer, llegado el caso. La madre, a fin de perpetuar en su hija los valores de abnegación y servicio, les enseñará a sus hijas a atender al padre, a sus hermanos o cualquier otra figura masculina intrafamiliar; además de que evitará que los varones participen en las actividades domésticas ya que son actividades “propias de mujeres”. Como niña se le permitirá jugar con juguetes diseñados para niñas, especialmente aquellos relacionados al hogar y la maternidad, pero se le mantendrá alejada de los juegos bruscos de los niños.

El varón, por su lado, deberá desarrollarse de acuerdo con su digno papel de varón, deberá evitar a toda costa jugar con muñecas, jugar a la “comidita” o actividades propias de las niñas. Él deberá de jugar con soldados, pistolas, cascos, caballos, espadas, balones y cualquier otro juguete que demuestre hombría; será bien apreciado que grite o que haga mucho ruido, además de que será visto con gracia si logra provocar pánico a un grupo de niñas. Por el contrario, se le desaprobará severamente toda demostración de intereses de tipo femenino, siendo las figuras de censura o “guía” su familia, principalmente hermanos, tíos, primos y hasta la madre. Durante toda la niñez, el signo de virilidad en el hombre es el valor hasta la temeridad, la agresividad, la brusquedad y el “no rajarse”. Pero tanto el niño como la niña deben ser obedientes respecto a la familia. Paradójicamente, un padre puede sentirse orgulloso de que su hijo no rehúya una pelea callejera, pero en casa castigarle severamente por desobedecer sus órdenes al respecto de peleas callejeras. Díaz

Guerrero (1994), indica que este tipo de eventos parecen significar que el niño debe ser masculino, pero no tanto como su padre.

Respecto a la influencia de los patrones familiares dentro del contexto nacional, Díaz-Guerrero (1994) asegura que los mexicanos se sienten seguros como miembros de una familia, pues en la familia existe la tendencia a ayudarse entre sí. Esta característica de comportamiento se explica a través de la filosofía de vida que emerge a partir de nuestra propia cultura, la cual ha sido perpetuada de generación en generación e indica las formas de pensar acerca de nosotros y los demás. Además, Díaz-Guerrero (1994), demostró que en la formación de la identidad del mexicano hay características clave que se han desarrollado debido a los patrones culturales; siendo una de las principales características la de sentirse seguros como miembros de una familia y ayudarse entre sí, especialmente cuando los miembros se encuentran en situaciones problemáticas. Este rasgo podría considerarse benéfico y funcional en el desarrollo de la identidad personal del mexicano; sin embargo, llevado al extremo, este valor se vuelve contraproducente, ya que la persona le resta valor a su identidad individual, volviéndose altamente dependiente de los miembros de su familia; este rasgo es especialmente común en zonas rurales, donde las familias suelen tener un número mayor de hijos y las prácticas familiares están más enfocadas a beneficiar al grupo familiar en conjunto que a los intereses individuales de sus miembros; contrario a lo que sucede en las familias de contextos urbanos, quienes suelen tener un número menor de hijos y orientan sus prácticas de vida para adaptarse a las demandas institucionales y laborales del medio social, lo cual explica que entre más urbanizado sea el contexto social de la familia los valores favorecerán más al individuo que al grupo familiar, y viceversa.

4.2.1.1 Cambios a la estructura familiar por las condiciones del contexto social mexicano

Tal y como lo estableció Díaz-Guerrero (2004), las diferencias de la cultura son fundamentales para el desarrollo cognitivo y la formación de la personalidad individual, sin embargo, estas diferencias culturales se dan principalmente por las condiciones geográficas y socioeconómicas que la caracterizan. Al respecto, Mejía-Arauz (2015) explica que las variantes en el desarrollo de los niños están muy relacionadas con las diversas formas en que se configuran sus vidas en función de sus costumbres y necesidades, tanto familiares como culturales, en donde participan. Pero también reconoce que existe una relevante influencia en la diversidad en las condiciones de vida y oportunidades/carencias que ofrezcan los contextos en donde se desarrollan. En el caso de las familias mexicanas, aquellas ubicadas en comunidades urbanas suelen tener acceso a más oportunidades de educación formal y desarrollo profesional en contraste con las comunidades rurales.

Esta situación de desigualdad económica no es una situación reciente, más bien parece ser una situación constante a lo largo de la historia de México; y ante estas condiciones Castrejón (1995) explica que los mexicanos hemos establecido una estructura social y política basada en una normatividad que cierra el paso a la aportación individual; evitando así que los mismos ciudadanos sean partícipes de un mismo proyecto de nación.

En la sociedad urbana y contemporánea mexicana, el ritmo de vida y las transformaciones sociales recientes han afectado la organización social familiar. Las familias urbanas tienden a tener menor número de hijos y a orientar sus prácticas de vida para adaptarse a las demandas

de organización de las grandes ciudades, especialmente de las demandas económicas impuestas a las familias por el sistema neoliberal. Derivado de esta situación, la creciente incorporación de la mujer en la fuerza laboral y la diversificación de la estructura familiar han obligado a las familias a apoyarse cada vez más en instituciones sociales como la escuela o instancias de cuidado infantil; llevando ahí a sus niños desde edades cada vez más tempranas, especialmente en el caso de quienes viven en las grandes ciudades. Estos cambios sociales han causado en la población mexicana incertidumbre y confusión respecto a los roles que se deben de seguir. De acuerdo con Arraigada y Sojo, (citado en Mejía-Arauz, 2015) la aparición de nuevas identidades femeninas, vinculadas al acceso a la educación, al trabajo remunerado y al ejercicio del poder, han dejado de colocar al hombre como el proveedor económico exclusivo, lo cual ha repercutido directamente en la autoridad del interior del núcleo familiar, ahora los padres y las madres trabajadores se ausentan por largas jornadas de trabajo y deben administrar el poco tiempo que pasan en el hogar entre las labores domésticas, la atención a sus hijos y el destinar tiempo para el propio descanso.

De acuerdo con Mejía-Arauz, (2015), esta estructuración institucional a tan temprana edad incide en el desarrollo de las formas de comunicación, en los procesos socioemocionales y las habilidades cognitivas del niño. Ya que estas instituciones orientan sus formas de interacción y restringen sus oportunidades de interactuar con personas cruciales de su familia, especialmente con la madre. Al intentar conciliar la necesidad de mantener los vínculos afectivos al interior de la familia nuclear y la demanda social de autosuficiencia económica, pudiera estarse generando estrés en los miembros de la familia, particularmente en los padres y madres por tener que proveer a los hijos de manutención, cuidado en su salud física y psicológica.

4.2.2 Desarrollo de psicopatologías relacionadas con el contexto socioeconómico

En las últimas décadas han ocurrido en el mundo una serie de cambios importantes que han repercutido en todas las esferas de la sociedad y la familia no es la excepción. De acuerdo con Mejía-Arauz, (2015) el cambio sociocultural que se ha dado, provocado por el aumento de la población y las demandas económicas impuestas por el sistema neoliberal, tiene efectos importantes en las familias que viven en condiciones de pobreza, situación que está relacionada con un deterioro en el desarrollo afectivo de sus integrantes. Además, las condiciones socioculturales actuales no solo afectan a las familias de bajos niveles socioeconómicos. En las zonas urbanas de México, y especialmente en familias de clase media, es poco factible que sólo el padre pueda proveer a la familia; el nivel económico que las grandes urbes exigen para poder gozar de un nivel de vida digno obliga a que las madres tengan que conseguir trabajo para alcanzar el nivel de ingresos necesario.

Estudios relacionados con la relación entre las condiciones del contexto social y el desarrollo de psicopatologías los podemos encontrar en los llevados a cabo por Borges, Orozco, Benjet y Medina-Mora (2010 en Mejía-Arauz, 2015) en México, en donde demuestran cómo el desarrollo afectivo de los niños y adolescentes se ve alterado con la posmodernidad y los cambios derivados del cambio de modelo económico. Este estudio reporta que la pobreza familiar afecta de manera diferenciada, siendo más importantes y duraderos sus efectos cuando se presentan en la infancia en comparación con la adolescencia; reflejándose en aspectos académicos, cognitivos, emocionales y sociales; especialmente cuanto mayor sea el número de años de vida en condiciones de pobreza. Los hijos de padres pobres

están sometidos a gran cantidad de estresores por las condiciones ambientales y de crianza a las cuales son expuestos, y presentan menor capacidad para controlar sus emociones e incluso alteraciones psicofisiológicas tales como mayores niveles de cortisol nocturno y menor reactividad cardiovascular ante estímulos, todo ello por los estresores del entorno, además de estar más expuestos a violencia intrafamiliar, separación de sus padres, inestabilidad y dinámicas caóticas. Los padres que pertenecen a un bajo nivel socioeconómico, por su parte, presentan pocas competencias parentales y estilos de crianza perjudiciales, caracterizados por escasas manifestaciones de afecto positivo, constantes manifestaciones de afecto negativo, negligencia en el cuidado emocional de los hijos, maltrato, estrategias de control disciplinar autoritario, problemas para monitorear a sus hijos, además de poca estimulación cognitiva, probablemente asociada con el limitado acceso a recursos estimulantes y a la falta de información.

El estrés parental provocado por las condiciones de pobreza, particularmente la percepción de las presiones económicas hace que los padres de familia sientan estrés, provocando síntomas depresivos y pérdida del sentido de eficacia. El estrés parental provoca menor eficiencia, evaluada mediante problemas en el manejo de la conducta de sus hijos, necesidad de castigar frecuentemente y que los hijos ignoren los castigos. La poca eficiencia parental y la falta de una respuesta emocionalmente positiva en lo padres provoca problemas de conducta en los hijos. Al respecto, los estudios de Oros y Vargas, así como los de Bradley y Corwyn (citados en Mejía 2015) mencionan que la salud emocional de los hijos de familias en condiciones de pobreza presenta mermas significativas en comparación con otros niños en mejores condiciones económicas y de calidad de vida; los problemas emocionales de estos niños son por lo común irritabilidad,

depresión o ansiedad, además de exhibir conductas agresivas y participación en actos delictivos.

4.2.2.1 Desarrollo de psicopatologías relacionadas a las diferencias de género por la culturamexicana

La cultura mexicana, tal y como se ha explicado en capítulos anteriores, induce patrones de comportamiento a los mexicanos; estos patrones culturales influyen en los estilos de crianza de la población e impactan en el desarrollo del “auto-concepto”, núcleo de la identidad personal. La diferencia cultural que supone el género del mexicano repercute comúnmente en tendencias que pueden categorizarse como neuróticas. Díaz–Guerrero (1994), después de analizar los distintostipos de personalidad del mexicano e identificar las tendencias tradicionalistas que la cultura provee a los estilos de crianza de la población, concluye que el contexto social mexicano favorece el desarrollo de tendencias neuróticas en las personas, especialmente en las mujeres.

Los estudios que argumentaban estas declaraciones afirmaban que el 32% de la población masculina por encima de los dieciocho años de la ciudad de México estaba formada por perfiles “neuróticos”, los cuales destacaban por:

- Exhibir rasgos de sumisión, conflicto y rebelión en el área de sus relaciones con personas de autoridad, en vez de utilizar estrategias de negociación y acuerdos mutuos.
- Preocupación y angustia en relación con su potencia sexual.
- Conflicto ambivalente en relación con su doble papel: debe actuar tierna, maternal y amorosamente algunas ocasiones y en otras serio, sexual y viril.

- Dificultades en superar la etapa maternal: individuos con exagerada dependencia de la madre figura materna.
- Problemas antes y durante el matrimonio, principalmente debido al que el amor a la madre interfiere con el amor de la otra mujer.

Respecto a la población femenina, Díaz -Guerrero (1994) afirmó que el 44% de la población femenina puede categorizarse como “neurótica”, quienes destacan por:

- Auto sacrificar sus intereses personales para satisfacer los requisitos de su esposo y su familia.
- Cargar con la responsabilidad de dañar el honor familiar si pierden la virginidad fuera del matrimonio.
- El principal referente de éxito para la mujer es casarse, de lo contrario, la familia de origen la puede considerar una carga o alguien que fracasó en la búsqueda de esposo.
- Experimentan marcados sentimientos de minusvalía al no poder cumplir con los requerimientos sociales impuestos.
- Demuestran tendencias depresivas y acuden al médico por padecimientos psicosomáticos con más frecuencia que los hombres.

Si bien las premisas socioculturales del mexicano afectan a ambos géneros, el hombre promedio experimenta una posición social aparentemente más libre y ventajosa con respecto a la mujer. Bejar y Rosales (1999) explican que a lo largo de toda la historia nacional, la figura femenina en la cultura mexicana parece inspirar más desprecio que temor; pareciera que para el mexicano todas las mujeres (a excepción de la propia madre) son despreciables y la dominación sobre ellas ha contado incluso con la aceptación de la mayoría de las mujeres; siendo la maternidad la única posible redención que una mujer tendría dentro de la sociedad para hacerse valer ante ella y dar

sentido a su propia existencia, sin embargo, a veces ni siquiera con la maternidad la mujer obtiene el respeto que merece. El desprecio a la mujer y en especial a la madre, parece estar altamente relacionado con conductas delictivas y anti-sociales; de acuerdo con lo hallado en un estudio realizado con 200 niños de la ciudad de México por Díaz - Guerrero (2004), en las familias donde consideraban aceptable insultar a la madre también había una marcada inclinación al crimen, al suicidio, a la ingesta de alcohol u otras drogas, agresiones y locura; concluyendo que la alienación de la madre podrá explicar gran parte de la psicopatología exhibida en estos casos.

CAPÍTULO 5

OBSERVACIÓN MULTIDIMENSIONAL DE LA IDENTIDAD DEL MEXICANO

La observación de cualquier fenómeno en la naturaleza no puede separarse del observador, el cual se encuentra dentro de un sistema sociocultural que determina el modo de percibir el conocimiento de la realidad que nos rodea. Bajo este entendido, todo conocimiento adquirido no proviene de la realidad directamente, sino de una serie de premisas socioculturales que indican el significado de los objetos y los fenómenos que percibimos, además de proporcionar un lenguaje en común que permite la comunicación entre las personas de determinada sociedad. El acto de conocer e investigar es entonces, no una relación directa entre el individuo y la realidad, sino una interacción compleja que involucra una serie de factores socioculturales (lenguaje, cultura, teorías, paradigmas, etc.) que determinan el significado de lo que se intenta conocer.

Consciente de la situación en la que el conocimiento se encuentra parece, no solo adecuado, sino necesario observar los fenómenos desde una óptica compleja que permita reconocer y comprender que los fenómenos no se pueden reducir a un concepto lineal y objetivo, sino que estos se desarrollan como parte de uno o más sistemas, actuando interdependientemente con otros elementos del mismo sistema. Esto es especialmente cierto cuando hablamos de un tema de estudio como lo es la identidad y en especial de la identidad mexicana, como ya se ha visto en los capítulos anteriores.

Para poder lograr un entendimiento complejo y multidimensional se requiere de un método equivalente. La respuesta nos lo da Morin (1977), quien propone un método que permita distinguir sin

desarticular y asociar sin identificar o reducir. Y si bien se integra el análisis la lógica clásica, se toman en cuenta sus límites, llevando en sí el principio de la unidad compleja que no puede ser abstraído de forma reduccionista.

Para llevar a cabo esta observación, el método de Morín brinda cuatro elementos que se deben de tomar en cuenta: contexto, globalidad, multidimensionalidad y complejidad. Para este estudio, estos elementos se han tomado como categorías de análisis, y dentro de éstas se encuentran las subcategorías utilizadas en los capítulos anteriores a través de la técnica del análisis del discurso. En este capítulo presentaremos la información recopilada y categorizada de estos cuatro elementos.

5.1. Contexto

De acuerdo con el método de Morin (1977) el contexto se entiende como la información y los elementos que son necesarios ubicar para que el conocimiento adquiriera sentido y relevancia. Puede referirse al conjunto de circunstancias que se producen alrededor de un hecho o un marco simbólico de conocimientos que rodean a un determinado fenómeno a investigar.

A través de la investigación realizada en torno a la identidad mexicana existe una serie de factores importantes que conforman su contexto: contexto epistemológico, contexto psicológico, contexto familiar, contexto social, contexto nacional, contexto histórico y contexto global.

5.1.1 Contexto epistemológico

El contexto epistemológico se refiere a los marcos de conocimiento a través de los cuales se interpreta la realidad. Para poder comprender el desarrollo de la identidad mexicana se ha tenido que consultar una serie de marcos interpretativos para observar al fenómeno en su complejidad multidimensional.

- Pensamiento Complejo planteado por Edgar Morin (1990): plantea una forma de pensamiento que asume de manera radical la complejidad del mundo, respondiendo de modo equivalentemente complejo. Por medio de las ciencias de la complejidad podemos establecer la relación entre las variables de los diferentes sistemas involucrados y establecer vínculos entre los diferentes sistemas de conocimiento involucrados.
- Teoría del desarrollo psicosocial de Erik Erikson (Maier, 2003): esta teoría parte de la noción del desarrollo a través de varias etapas por las que el individuo tiene que pasar, estudia las relaciones del individuo con su medio micro-social desde el contexto familiar hasta el medio macro-social ubicado en un marco histórico-cultural.
- Teoría de la identidad de Henry Tajfel (1981): se enfoca en la influencia de la interacción social que influye en el individuo, propone que parte del autoconcepto de un individuo estaría conformado por su identidad social. De acuerdo con esta teoría, el comportamiento social de un individuo varía en función a su pertenencia a diferentes grupos o categorías sociales y de sus características personales idiosincráticas.
- Conglomerado de conceptos multidisciplinarios estudiados por

Sosa, Bellelli, & Bakhurst (2008): Exploran la relación dinámica entre el desarrollo de la identidad del ser humano con la naturaleza social de una nación.

- Etnopsicología de Díaz-Guerrero (1994, 2003) su teoría afirma que la personalidad resulta de la perenne dialéctica entre la información cultural y la información biopsicosocial de cada individuo. Refiriéndose específicamente a la interacción entre las necesidades humanas con los mandatos de la cultura, sobre todo relacionado a la información que da la educación formal e informal en cada ecosistema humano.
- Psicología del mexicano de Díaz-Guerrero (1994, 2003): propuesta teórica que surge a través de los resultados que sus estudios en la población mexicana, la cual sugiere que la cultura puede explicar la varianza en las distintas dimensiones del comportamiento, incluyendo el desarrollo de psicopatías.
- Hallazgos de Santiago Ramírez (2004): analiza que realiza el autor a la historia nacional mexicana y su influencia en la formación de la identidad cultural.
- Hallazgos de las investigaciones de Mejía-Arauz (2015): serie de investigaciones sobre diversos aspectos del desarrollo de los niños, los cuales abordan configuraciones socioculturales, revisiones críticas sobre el desarrollo cognitivo en niños mexicanos; los cuales sugieren que las habilidades sociocognitivas de los niños se desarrollan en función del contexto social.

5.1.2 Contexto micro-sociológico.

El contexto micro-sociológico corresponde a los elementos

inmediatos que interactúan de forma directa e íntima con el individuo en la formación de la identidad. Para poder entenderlo se tomaron como referencia los marcos de estudio enfocados al desarrollo de las estructuras psíquicas, mentales y cognitivas que tienen una función directa en la formación de la identidad. Estos marcos de referencia son: las teorías del desarrollo de Erikson (citado en Maier, 2003), la teoría de la identidad social de Tajfel (1981) y los estudios etnopsicológicos de Díaz-Guerrero (1994, 2003).

En las teorías del desarrollo de Erikson (citado en Maier, 2003) se describe el desarrollo progresivo del “yo”, el cual se define como una entidad identitaria que se desarrolla a través de fases sucesivas, las cuales representarían las crisis psicológicas que un individuo debe superar exitosamente para el adecuado desarrollo de las capacidades funcionales del “yo”. La identidad se determina entonces como el resultado de la interacción entre el individuo con su ambiente social y las “crisis del desarrollo” de (Erikson citado en Maier, 2003) las cuales se determinan por la demanda social que caracterice a la cultura social en donde se encuentre inmerso el individuo.

Tajfel (1981), por su parte propone que el autoconcepto de un individuo estaría conformado por su identidad social a través de una serie de procesos cognitivos de categorización, comparación, distinción social e identidad. Siendo esta última también una asociación emotiva y que carga de significado a aquellos grupos que se identifiquen como propios.

Por último, Díaz Guerrero (1994, 2003) expone que el contexto familiar mexicano tiene en general una serie de características culturales que influyen directamente en la formación de la identidad personal. Los aspectos que considera clave en este nivel de contexto

son la importancia de la unión familiar, la supremacía del padre y el autosacrificio de la madre.

5.1.3 Contexto macro-sociológico.

El contexto macro-sociológico corresponde a los elementos de los sistemas sociales que forman parte de la sociedad mexicana. Para poder comprender cómo estas estructuras interactúan con la formación de la identidad mexicana se analizaron y revisaron varios estudios teóricos enfocados a estudiar y comprender ciertos aspectos clave.

El primero de estas estructuras es la identidad nacional que, en los estudios de Sosa, Bellelli, & Bakhurst (2008), se define como el sentimiento de pertenencia que un individuo desarrolla hacia una colectividad determinada por una serie de símbolos unificadores que sirven como atributos nacionales cargados de significados históricos, culturales, económicos, geográficos, etc.

De acuerdo con los estudios de Santiago Ramírez (2004), la historia oficial respecto a la formación de México como nación han creado una serie de significados identitarios culturales basados en varias narraciones descritas como hechos, tales como la invasión de los españoles, el sometimiento de los pueblos nativos, el nacimiento de los mestizos, la transculturación y el nacionalismo que surge a partir de la independencia.

De igual forma, existen en la actualidad estudios estadísticos públicos que, de acuerdo al Observatorio Económico de México (2018), reflejan las características socioeconómicas de la vida social de los mexicanos. Estas cifras exponen en general una alta tasa de

desempleo, delincuencia, pobreza económica generalizada, marcada desigualdad social, rezago educativo, limitadas y deficientes infraestructuras urbanas, así como niveles altos de corrupción en todos los niveles políticos.

5.2 Globalidad

De acuerdo con el método de Morin (1990), globalidad se refiere a las relaciones entre el todo y las partes que se articulan a partir de los datos que se obtuvieron por medio del contexto de una manera inter-retroactiva u organizacional. En esta sección revisaremos como el desarrollo de la identidad en el individuo se ve influenciada por determinados elementos y dinámicas relacionados en el contexto familiar, social y nacional.

5.2.1 Relación familia - individuo

En el micro contexto definido anteriormente se expusieron tres enfoques teóricos que en su conjunto explican el desarrollo de la identidad del individuo en su ambiente inmediato. Este primer contexto es la familia, la cual provee al infante las primeras experiencias que formarán las bases de su identidad.

Díaz Guerrero (1994, 2003), explica que la cultura familiar mexicana mantiene una configuración en general tradicionalista, en donde se designa al padre como proveedor y figura de autoridad a la cual se le debe obediencia y, por otro lado, a la madre se le designa como la responsable de la cohesión familiar y la encargada de la crianza de los hijos. Estos roles definidos por el género sexual se incorporan a la base de la formación de la identidad de los niños mexicanos, y definirán los roles que deberán tomar dentro de la sociedad.

Una faceta positiva que la cultura mexicana aporta al desarrollo de la identidad sería el sentido maternal que se manifiesta en la mayoría de las familias, lo que de acuerdo a la teoría del desarrollo de Erikson (citado en Maier, 2003) facilitaría el desarrollo de la confianza básica en los infantes en la etapa de los cero a los dos años de edad, fase en donde se desarrolla el sentido de la confianza que el infante requiere para crecer psicológicamente y en esta fase la figura materna es imprescindible para el éxito de esta primera etapa.

Lo contrario sucede con el rol del padre en la familia mexicana, ya que la cultura indica que su papel sólo se limita a proveer los recursos necesarios para la familia, sin que exista alguna expectativa directa en la crianza de los infantes. De acuerdo a la teoría del desarrollo de Erikson (citado en Maier, 2003) en esta fase se necesita una figura paterna que sirva de guía y que establezca los límites de la conducta del niño para que pueda comenzar a incorporarse a la vida social, de lo contrario un sentimiento cada vez más acentuado de duda y vergüenza de sí mismo comenzará a formarse; convirtiéndose en una carga intolerable, pues el niño se sentirá incapaz de demostrar su propio valor y dudará de su capacidad para convertirse en un ser independiente.

De acuerdo a Díaz Guerrero (1994, 2003), este modelo familiar propiciaría en los miembros una dependencia al seno familiar, ya que si bien la madre procura de manera abnegada y sacrificada el cuidado a los hijos, una figura paterna ausente o lejana generaría desconfianza y duda en las capacidades de los infantes para enfrentarse a la sociedad. Explicando así la tendencia de que en las familias mexicanas se prioricen los intereses colectivos de la familia antes que los intereses individuales de sus propios miembros.

Con respecto a los roles de género, Díaz Guerrero (1994, 2003), explica que el modelo familiar tradicionalista buscará perpetuar en los infantes actividades y juegos propios de su género. Las niñas serían instruidas y motivadas a jugar con muñecas, emulando las actitudes de servicio que una mujer deberá llevar a cabo con su propio esposo cuando llegue a la adultez; por su lado, los niños serían instigados a jugar con figuras simbólicas de poder viril tales como autos, armas, pistolas y herramientas, tratando de seguir valores considerados “viriles” tales como la valentía, la osadía y la competencia. La agresividad y la violencia en los niños será más tolerado en los varones, siendo incluso hasta esperada dentro de determinados círculos sociales.

5.2.2 Relación sociedad - individuo

De acuerdo con Erikson, (citado en Maier, 2003) el infante de entre cinco y seis años de edad comienza a desarrollar una capacidad cognitiva lo suficientemente compleja como para poder dejar el ambiente familiar e incursionar en la sociedad; siendo el contexto escolar el medio social por el cual suele incorporarse. Mejía (2015) indica que a través de la experiencia escolar se provee de información al infante, ya sea con material o con herramientas simbólicas, para que pueda transferir los conocimientos y habilidades desarrolladas a otras situaciones que se le puedan presentar.

La situación socio-económica del país propicia una diferencia contrastante entre las distintas opciones educativas que México ofrece; en su mayoría las escuelas son administradas por el gobierno, siendo de carácter público y gratuito. Las escuelas privadas tienen presencia en la mayoría de las entidades urbanas del país y cobran por ofrecer servicios educativos, supuestamente, más eficaces para la

formación del escolar que las primeras. No obstante, de acuerdo al reporte del Observatorio Económico de México (2018) el rezago educativo en México es del 17.9%.

De acuerdo con Erikson, (citado en Maier, 2003) entre los seis y doce años el individuo se encuentra en la fase de industria vs inferioridad, en esta fase la crisis será la cual destaca por coincidir con los años de educación primaria en México. La mayoría de las escuelas evalúan y valoran el nivel de habilidades y competencias de los alumnos, lo cual provocará que el niño se compare con sus compañeros y las diferencias identificadas entre ellos compañeros provocarán que unos sean aceptados y otros rechazados, siendo los más populares aquellos que cumplan más con las características más deseables por el medio social. Esta situación se explica con mayor profundidad en la teoría de la identidad social de Henry Tajfel (Scandroglio, López-Martínez, & San José Sebastián, 2008) la cual expone que si los individuos adoptan las características de conducta estereotipadas de determinados grupos se produce un proceso de despersonalización que formará parte de su identidad social o, por el caso contrario, si su comportamiento no logra adaptarse a la normativa social su personalidad se determinará por sus propias diferencias idiosincráticas, lo cual contrastará con el estereotipo grupal y, si no tiene el apoyo adecuado, puede que no logre superar esta fase con éxito.

5.2.3 Relación nación - individuo

De acuerdo con Sosa, Bellelli, & Bakhurst (2008) una nación es “una población humana con nombre propio que comparte un territorio histórico, mitos comunes y memorias históricas, una cultura pública de masas, una economía común, así como derechos y deberes legales

iguales para todos sus miembros”. Cada nación posee una identidad determinada por varios símbolos unificadores que permanecen gracias a que se transmiten de generación en generación.

En este sentido, la identidad nacional puede pensarse como el sentimiento de pertenencia a una colectividad que está definiendo al grupo mismo, y la cohesión dependerá del éxito que logren los diversos elementos simbólicos referentes a la nación misma para construir una identidad nacional que se exprese por encima de las particularidades regionales, étnicas o de otro tipo. Estos elementos simbólicos incluyen atributos nacionales como banderas, himnos, desfiles, moneda, capitales, juramentos, vestidos tradicionales, además de otros elementos menos oficiales, pero más populares como las fiestas nacionales, el paisaje, los héroes y heroínas nacionales, los cuentos infantiles, las fórmulas de cortesía, las prácticas educativas, los códigos militares y todas esas costumbres distintivas, que se comparten por parte de los miembros de una comunidad cultural e histórica.

El poder que estos elementos simbólicos tengan para producir emociones compartidas en un grupo social provocará una conexión importante entre emoción y significado, lo cual asegura que la identidad nacional se implante a nivel personal en los individuos pertenecientes a cierta nación. No obstante, en países conformados por distintos grupos heterogéneos, se da un fenómeno de comparación social a nivel nación, lo cual implica la construcción imaginaria de cierto orden en cuyo escenario intervienen políticas de reconocimiento que incluyen procesos de aceptación, negación, dominación o equidad. De acuerdo con Sosa, Bellelli, & Bakhurst (2008), estas políticas intervienen significativamente en la construcción de las identidades del individuo, ya que estas establecen

las bases de las dinámicas sociales de un país valorando ciertas identidades como positivas, negativas, iguales, inferiores o superiores en función de otras; provocando una jerarquización de identidades que en las organizaciones humanas (empresas, colegios, instituciones gubernamentales, etc.) forman reglas y lineamientos que legitiman o deslegitiman prácticas y creencias.

5.2.4 Relación globalización–individuo

Borges, Orozco, Benjet y Medina–Mora en el 2010 (citado en Mejía-Arauz, 2015) en México, demuestran cómo el desarrollo afectivo de los niños y adolescentes se ve alterado con la posmodernidad y los cambios derivados del cambio de modelo económico derivado del globalismo. Este estudio reporta que la pobreza familiar afecta de manera diferenciada, siendo más importantes y duraderos sus efectos cuando se presentan en la infancia en comparación con la adolescencia; reflejándose en aspectos académicos, cognitivos, emocionales y sociales; especialmente cuanto mayor sea el número de años de vida en condiciones de pobreza. Los hijos de padres pobres están sometidos a gran cantidad de estresores por las condiciones ambientales y de crianza a las cuales son expuestos, y presentan menor capacidad para controlar sus emociones e incluso por alteraciones psicofisiológicas tales como mayores niveles de cortisol nocturno y menor reactividad cardiovascular ante estímulos, todo ello por los estresores del entorno, además de estar más expuestos a violencia intrafamiliar, separación de sus padres, inestabilidad y dinámicas caóticas.

Los padres que pertenecen a un bajo nivel socioeconómico, por su parte, presentan pocas competencias parentales y estilos de crianza perjudiciales, caracterizados por negligencia en el cuidado emocional

de los hijos, maltrato, estrategias de control disciplinar autoritarias, problemas para monitorear a sus hijos, además de poca estimulación cognitiva, probablemente asociada por el limitado acceso a recursos estimulantes y a la falta de información.

La economía capitalista, como parte de la cultura de la modernidad, adquiere un carácter fundamental porque se naturaliza y se impone como la única modalidad capaz de organizar las condiciones de producción, distribución y consumo que requiere la reproducción social. En el caso de la globalización económica, el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional tiene poderes que no encuentran límites en los Estados nacionales como México, hoy se presenta el reto cognoscitivo del mexicano de verse inmerso en un contexto donde la institución “Estado” pierde con rapidez sus capacidades administrativas, jurídicas y gerenciales frente a estas organizaciones transnacionales.

5.2.5 Relación individuo–mundo.

Si bien en sus primeros años de vida el individuo se concibe más como un agente pasivo que adquiere los elementos necesarios de su medio social para formar su propia identidad; cuando llega a la adultez y forma parte de un grupo social, se vuelve un agente activo que perpetúa las costumbres de su cultura, promoviendo consciente e inconscientemente el contenido interiorizado del ambiente sociocultural. Dependiendo de la función social que el individuo adopte, es como la sociedad se verá afectada por las decisiones personales. Esto es especialmente relevante si consideramos funciones políticas de alto nivel, posiciones directivas de instituciones públicas y privadas, así como cualquier otra ocupación laboral de impacto social masivo.

De acuerdo con Castrejón (1995) cuando se refieren a las formas y prácticas para acceder al poder y gobernar se habla de cultura política, ya que cada acto del individuo es una señal que permite comunicar y establecer afinidades, lograr consensos y compartir juicios de valor con otros miembros de cada profesión u ocupación.

Definir el modo en que estas decisiones personales, a través de decisiones políticas, pueden afectar la sociedad requiere de un análisis específico y enfocado en este rubro que no se contemplará en esta tesis, pero que podría revisarse en estudios posteriores.

5.3 Multidimensionalidad

De acuerdo con método de Morin (1977, 1990), multidimensionalidad se refiere a las dimensiones que integran tanto al ser humano como a la sociedad, siendo ambos sistemas complejos en donde debe depositarse la información pertinente. Para esta tesis se eligieron las estructuras que, de acuerdo con los apartados anteriores, son la base para entender la formación del desarrollo de la identidad del mexicano.

Estas estructuras son:

5.3.1 Estructura biológica del mexicano.

De acuerdo a Ramírez (2004) la multiplicidad de etnias en nuestro territorio siempre ha sido un factor fundamental en la posición social que un individuo pueda llegar a tener. La razón de la variedad de etnias se debe a diversos eventos a lo largo de la historia, tales como el transporte de esclavos africanos, la migración de familias peninsulares y la progresiva diversificación del mestizaje, entre otros.

Según el censo realizado por el INEGI el año 2015 (INEGI, 2016) 21% de la población mexicana provienen de poblaciones nativas, mal llamadas indígenas, 30% son mestizos, 47% son eurodescendientes, 1.2% son afrodescendientes y menos del 1% está compuesto por etnias asiáticas, musulmanas, judías y extranjeros residentes (INEGI, 2015).

5.3.2 Estructura de la personalidad del mexicano

La personalidad es, de acuerdo a Erik Erikson, (citado en Maier, 2003) la entidad que representa la identidad del individuo, y está en un constante desarrollo. Las características predominantes en el individuo dependerán de muchos factores, los cuales ya se han explicado en apartados anteriores.

De acuerdo a los estudios de Díaz-Guerrero (1994), el perfil de personalidad que más predomina en la población mexicana es el llamado “mexicano pasivo y obediente-afiliativo”, el cual se destaca por mostrar una poca necesidad de autonomía, ser disciplinados (al menos en los primeros años escolares), conformistas y buscan complacer a las demás personas, principalmente a las figuras de autoridad. Esta predominancia de personalidad la explica Díaz-Guerrero (1994), al identificar las tendencias tradicionalistas que la cultura provee a los estilos de crianza de la población.

Díaz- Guerrero (1994) concluye también que el contexto social mexicano favorece el desarrollo de algunos rasgos desfavorables en la personalidad de las y los mexicanos. Un estudio realizado en 1977 indicó que el 32% de la población masculina por encima de los dieciocho años estaba formada por perfiles que destacaban por exhibir rasgos de sumisión, conflicto y rebelión en el área de sus relaciones

con personas de autoridad; exhibir preocupación y angustia en relación con su potencia sexual; demostrar una exagerada dependencia de la madre o figura materna, entre otros. Respecto a la población femenina, Díaz -Guerrero (1994) afirmó que el 44% de la población femenina destacaban por experimentar marcados sentimientos de minusvalía al no poder cumplir con los requerimientos sociales impuestos y demostraron tendencias depresivas en mayor medida que los varones.

5.3.3 Estructura familiar del mexicano

De acuerdo con Esteinou (citado en Mejía, 2015), la mayoría de las familias de contextos urbanos en México se derivan de la familia nuclear patriarcal restringida, la cual se desarrolló durante la época colonial. Esta organización familiar destaca por darle mayor relevancia a la unidad conyugal y menos a la comunidad desarrollando pautas individualizantes.

5.3.4 Estructura social de la familia mexicana

En el caso de las familias mexicanas, aquellas ubicadas en comunidades urbanas suelen tener acceso a más oportunidades de educación formal y desarrollo profesional en contraste con las comunidades rurales. En la sociedad urbana y contemporánea mexicana, el ritmo de vida y las transformaciones sociales recientes han afectado la organización social familiar ya que las familias urbanas tienden a tener menor número de hijos y a orientar sus prácticas de vida para adaptarse a las demandas de organización de las grandes ciudades, especialmente de las demandas económicas impuestas a las familias por el sistema neoliberal. Como muestra de esto, el estudio realizado por el Observatorio Económico de México, (2018) estudió los principales indicadores económicos de cada estado

del país, los cuales demostraron que en el año 2016 los estados que habían obtenido mejores calificaciones coincidían con aquellos que habían desarrollado más espacios urbanos.

De acuerdo con Castrejón (1995) esta situación de desigualdad corresponde a un modelo sociocultural que se ha vuelto más dinámico gracias a que la posibilidad de ascenso social aún está ligada a la modernidad y a las ciudades, donde la acumulación de conocimientos permite la incorporación a nuevas etapas de vida, si bien no necesariamente productivas, sí cómodas. Además, la movilización geográfica y social responde a la atracción que ejercen las ciudades más industrializadas o de gran actividad turística por la constante multiplicación de aquellos que fueron a las ciudades y cambiaron su estatus de vida. Esta situación provocó inevitablemente la improductividad del campo y el aumento de la población con pequeñas dotaciones de tierra, factores que favorecieron el desempleo oculto en el medio rural.

5.3.5 Estructura cultural de México

Berger (citado en Castrejón Diez, 1995) explica que la cultura es una construcción humana que moldea el ambiente con estructuras basadas en la propia experiencia humana, la cual se expresa en tres momentos: La externalización, en donde la cultura es producto del ser humano y la expresión de su experiencia. La objetivación, que es en donde la cultura se posiciona como realidad y norma social. La internalización, en donde la cultura se internaliza al ser humano, convirtiéndolo en un producto de la sociedad.

En el caso de la cultura familiar mexicana, Díaz-Guerrero concluye que los tienden a ayudarse entre sí y están casi siempre bien dispuestos a ayudar a otros familiares que tengan problemas, sean

éstos de enfermedad o de tipo económico; esta unión tan cercana con la familia provoca, por ejemplo, que en promedio los mexicanos dejen la casa de sus padres en edades más adultas que en las familias estadounidenses. Este rasgo podría considerarse benéfico y funcional en el desarrollo de la identidad personal del mexicano; sin embargo, llevado al extremo, este valor se vuelve contraproducente, ya que la persona le resta valor a su identidad individual, volviéndose altamente dependiente de los miembros de su familia; este rasgo es especialmente común en zonas rurales, donde las familias suelen tener un número mayor de hijos y las prácticas familiares están más enfocadas a beneficiar al grupo familiar en conjunto que a los intereses individuales de sus miembros; contrario a lo que sucede en las familias de contextos urbanos, quienes suelen tener un número menor de hijos y orientan sus prácticas de vida para adaptarse a las demandas institucionales y laborales del medio social, lo cual explica que entre más urbanizado sea el contexto social de la familia, los valores favorecerán más al individuo que al grupo familiar, y viceversa.

5.3.6 Estructura política de México

De acuerdo con Castrejón, (1995) las preocupaciones del mexicano a finales del siglo XX se enfocaban más al bienestar social y a la eficiencia de la economía, mientras que las inquietudes sobre estructura política resultaban secundarias para la población. La actitud de los mexicanos hacia los políticos es ambivalente, pues consideran que la política debe conducir y servir al país y, en segundo término, preservar la soberanía y cuidar de la seguridad nacional. No obstante, si bien consideran esencial que los políticos realicen estas funciones opinamos, casi cínicamente y sin alarma, que lo hacen para su propio beneficio.

Castrejón (1995) también comenta que una de las grandes transformaciones de la sociedad mexicana contemporánea ha sido la muerte de las ideologías o el desplome del mensaje ideológico del primer plano de la conciencia de los ciudadanos, este fenómeno se observa cuando: partidos y candidatos se alejan de las posiciones ideológicas y se acercan a las más pragmáticas, en un intento por equilibrar sus puntos de vista. Estas preferencias revelan en el mexicano una concepción política que es producto del largo periodo en que las crisis le hicieron valorar la estabilidad económica y la evolución de los significados políticos clásicos, para dar soporte a una organización que asegure el bienestar y la convivencia armónica que tanto desea.

La complejidad de estas prácticas políticas repercute en un constructo social imaginario, el cual se conforma de estos elementos para formar un concepto común de nación para las familias que vivimos en territorio mexicano. Este “social imaginario” es la base para las normas, creencias, opiniones, valores, prácticas y acuerdos que cada sociedad establece para ordenar el quehacer colectivo en el sentido más amplio. También lo hace para determinar prioridades, dirimir conflictos, organizarse, asignar funciones, responsabilidades, deberes y derechos.

5.5 Complejidad de la identidad

La identidad, tal y como lo demuestra Daros (2005), es un concepto complejo que tiene distintas definiciones dependiendo del área de conocimiento en donde se esté observando y puede entenderse como la identificación a unos referentes objetivos que caracterizan a alguien o también al origen de un individuo.

De acuerdo con método de Morin (1977, 1990), complejidad se refiere a lo que está tejido en conjunto con elementos inseparables. La complejidad es una característica que todo conocimiento debe adquirir, ya que en cualquier cosa que se pretenda conocer existe un tejido interdependiente, interactivo e interretroactivo entre el objeto, su contexto, las partes y el todo; en conclusión, la complejidad es la unidad y la multiplicidad articuladas.

Siguiendo el método de Morin (1977) se retomaron tres elementos necesarios para comprender el proceso del desarrollo de la identidad del mexicano: contexto, globalidad y multidimensionalidad.

Para identificar el contexto fue necesario describir los distintos elementos que componen al fenómeno en cuestión. Inicié con el contexto epistemológico, en donde ubiqué los marcos interpretativos a través de los cuales se sientan las bases para comprender la identidad del mexicano que en conjunto establecen las bases para comprender el proceso del desarrollo de la identidad del mexicano.

Los elementos del micro y macro contexto se manifiestan en distintas interacciones identificadas entre el individuo y su familia, el individuo y su ambiente social, el individuo y su nación, el individuo y la globalización, y el individuo y el mundo; relaciones que contribuyen al desarrollo de la identidad.

Derivado de esas relaciones llegamos al tercer elemento que es la multidimensionalidad; referente a las diferentes dimensiones que forman estructuras complejas que procesan la información de las interacciones entre los elementos, lo cual genera subsistemas en un macrocontexto que existe gracias a la acción mutua de las partes que lo conforman. Las estructuras identificadas fueron la estructura

biológica, la estructura de la personalidad, la estructura familiar, la estructura social, la estructura cultural y la estructura política. A partir de estas categorías es que se llega a la observación compleja que se describe así:

El desarrollo de la identidad del mexicano depende de una serie de elementos que pertenecen a distintas dimensiones. Como punto de partida podemos identificar procesos como la consciencia, la memoria y la percepción de uno mismo como las bases psicológicas de donde emerge la identidad. Estos procesos tienen un sustrato biológico el cerebro triúnico que procesa cantidades masivas de información a través de la interacción de billones de neuronas, la cual se articula a un cuerpo vivo que requiere de alimentos para mantenerse funcional y perpetuar su existencia; el cuerpo absorbe esos nutrientes y proporciona la energía necesaria para que los distintos sistemas orgánicos se desarrollen, se fortalezcan y crezcan para darle soporte al cuerpo en su totalidad. Ese proceso biológico provoca cambios graduales en la fisionomía de las personas, por lo que un mismo individuo se identificará como niño, adolescente y adulto a lo largo de su vida.

Para que los seres humanos podamos sobrevivir necesitamos de otras personas adultas que procuren nuestra supervivencia y bienestar; por lo regular son los padres quienes se encargan de proporcionar un entorno familiar que pueda satisfacer los requerimientos del bebé tales como la alimentación, el aseo personal, cuidados médicos, protección ante las amenazas del ambiente y fundamentalmente incorporar a su hijo en un sistema social que le confiere rasgos complejos a su identidad.

La familia del niño se encuentra dentro de una determinada sociedad

que a su vez se ubica en un determinado espacio geopolítico, dentro de un país regulado por un Estado formado por instituciones que rigen el comportamiento legal y jurídico de los habitantes, así como la organización social necesaria para que la población se desarrolle.

Dentro de cada organización social se desarrolla la cultura, que es una construcción humana que moldea el ambiente con estructuras basadas en la propia experiencia humana; tales como la historia, las festividades, el idioma, las costumbres y lineamientos éticos. Si bien estas estructuras no definen la identidad de un modo tan determinante como los lineamientos jurídicos, sí influyen en la identidad colectiva de los habitantes, e incumplirlos puede provocar el rechazo social y provocar que el individuo se aíse. No obstante, en la mayoría de los casos el individuo interioriza esos lineamientos culturales y adopta los patrones identitarios de un modo gradual y progresivo conforme interactúa con su medio familiar y social.

Este proceso de interiorización es la base en la que el individuo construye su identidad ya que, incluso desde antes de nacer, la familia determina aspectos esenciales de la identidad del individuo como el nombre, el lugar de nacimiento, el idioma o el dogma religioso a seguir y practicar. Conforme el individuo crece y e interactúa con el contexto sociocultural, el género sexual, el color de piel, la fisiología, la estatura y la complexión corporal influirán en cómo las demás personas reaccionan al individuo, identificándolo, nombrándolo y categorizándolo de acuerdo con los parámetros socioculturales preestablecidos. A partir de esta base identitaria proporcionada por la sociedad, el individuo continuará su desarrollo a través de las vivencias y experiencias que pueda tener a lo largo de su vida.

Los mexicanos, al igual que todos los demás habitantes del planeta,

dependemos de la adquisición de una identidad para poder ubicarnos como individuos e interactuar con la sociedad. No obstante, cada sociedad es distinta y aporta determinados elementos que corresponden a la historia nacional, la organización política, la ubicación geográfica, el idioma, los valores, la economía, la cultura y la calidad de las instituciones gubernamentales.

Intentar definir una identidad generalizada y fija en México es imposible, la historia que ha tenido este territorio a lo largo de los años ha sido marcada por una serie de cambios políticos y transformaciones sociales que, aunado a la diversidad étnica que caracteriza al país, ha provocado una heterogénea diversidad de identidades que pueden llegar a diferir bastante entre sí. Esta diferencia se identifica cuando designamos coloquialmente a la “gente del norte”, “los del centro” o “los sureños” por los estereotipos con los que se identifica socialmente a los habitantes de esas zonas; las diferencias se pueden notar en el acento al hablar (o incluso el idioma), en la fisionomía, en la forma de cortejar, en los estilos de crianza, la preparación de los alimentos y en las festividades locales. Además, la diferencia entre los índices socioeconómicos que caracterizan a los distintos estados del país, los cuales determinan de manera fundamental el desarrollo de sus habitantes y, en consecuencia, la identidad de estos.

No obstante, y a pesar de la diversidad del país, se han podido identificar aspectos clave respecto a la identidad colectiva.

La historia oficial de la formación de México ha repercutido fundamentalmente en el desarrollo de la identidad de los mexicanos, ya que implica que fuimos creados a partir de la derrota de la población nativa los europeos para luego ser instruidos por ellos

mediante la religión católica, el idioma español, el arte grecolatino, los estilos arquitectónicos y la alimentación. Éstos son solo algunos ejemplos del trasplante cultural europeo aplicado en este territorio y derivado de esta concepción la “auto denigración” como un aspecto predominante en la personalidad del mexicano, de acuerdo con lo analizado por Díaz-Guerrero (1994): responder “mande” cuando nos llaman, despedirnos con un “quedo a sus órdenes”, la sumisión de la mujer, la autoburla, el vandalismo a la infraestructura comunitaria, la dependencia extranjera en temas económicos, científicos y tecnológicos, además de la negligencia gubernamental son sólo unos ejemplos de cómo repercute la imagen que tenemos los mexicanos de nosotros mismos. También provoca que las personas tengan miedo o vergüenza de sobresalir; es común que los mexicanos sintamos envidia ante los logros de otro mexicano en lugar de esforzarnos por conseguir un éxito propio. La forma en la que solemos compensar este conflicto suele manifestarse a través de un escandaloso nacionalismo representado principalmente en las fiestas nacionales; mariachi, fuegos artificiales, gritos, risas ruidosas y competencias por ver quien puede beber más alcohol.

Y por supuesto, los mexicanos contamos con una serie de valores y cualidades que nos han permitido sobrevivir y mantenernos como nación. El valor de la familia ha sido fundamental; la mayoría de nosotros tenemos una cohesión impresionante y solemos apoyarnos los unos con los otros, especialmente en momentos de graves crisis. Otra cualidad importante es la capacidad de adaptación y aprendizaje que podemos llegar a exhibir; la mezcla de etnias y culturas en el país ha permitido que podamos adoptar y desarrollar distintas habilidades para el beneficio de las comunidades locales, además de las creaciones artísticas que incluyen elementos de la cultura nativa con elementos de culturas extranjeras.

Desafortunadamente, las condiciones sociales actuales del país junto con las consecuencias de la globalización reciente han provocado una fuga de cerebros significativa, como lo explica Borges, Orozco, Benjet y Medina–Mora en el 2010 (citado en Mejía-Arauz, 2015). El talento nacional suele no aprovecharse adecuadamente debido a la falta de instituciones e infraestructura industrial, además del mal manejo de los recursos por parte de las instituciones gubernamentales. Lo que provoca un sentimiento general de descontento y desconfianza hacia las instituciones y figuras gubernamentales, propiciando que muchas poblaciones en el país no reconozcan al gobierno federal y en su lugar gobiernen organizaciones criminales.

CONCLUSIONES

En la introducción de esta tesis se planteó una pregunta: ¿Cuál es el proceso por el cual un mexicano o una mexicana desarrolla su identidad? Para poder responderla fue necesario sentar las bases de esta investigación en elegir un marco teórico que permitiera estudiar un proceso tan complejo como la identidad y su relación con la nacionalidad del individuo.

El marco teórico elegido fue el pensamiento complejo de Edgar Morin (1977), el cual reconoce la complejidad del universo y la inevitable relación que existe entre todas las distintas partes que le conforman. Por lo cual esta tesis se ha realizado bajo la premisa de que la identidad es un proceso y un concepto que se manifiestan gracias a la interacción de distintos sistemas multidimensionales.

En primera instancia, esta tesis demuestra que el método de Morin (1977) sirve para observar la complejidad de un fenómeno como la identidad del mexicano, para comprenderlo de la manera más íntegra y cercana a la realidad.

La información recopilada en esta tesis sugiere que la identidad es un proceso que tiene características individuales y colectivas, que es influenciado e influyente, que está determinado tanto por la sociedad como por la estructura neurológica y psicológica del individuo, que se manifiesta a través de la interacción entre todos los elementos de la sociedad como los individuos, las familias, las instituciones culturales, los medios de comunicación y las figuras políticas de autoridad.

La identidad es, entonces, un constructo humano que emerge de la

interacción entre las premisas socioculturales del entorno y las características individuales de la persona. Este constructo es el medio a través del cual las personas nos integramos a la sociedad, interactuamos y cumplimos un rol social.

Sin embargo, es sólo un “hilo dentro de toda la madeja”, es decir; la identidad es sólo uno de muchos elementos que interactúan en la compleja realidad de los seres humanos.

He de admitir que fue difícil darle sentido y coherencia a tanta información acerca de la identidad. Si bien el método de Morin (1977), establece las bases y las directrices a través de las cuales una investigación así sea factible, encontrar los puntos en donde conocimientos de distintos campos de estudio puedan coincidir fue una labor retadora.

Sin embargo, el resultado me conduce a concluir que el desarrollo de la identidad del mexicano es un proceso que empezó desde antes de que existieran registros o escrituras al respecto de las civilizaciones a nativas al continente llamado hoy día Americano. De acuerdo con Aceves (2004) este componente inconsciente se instaura de manera estándar en todos nosotros y a partir de ahí es que los mexicanos creamos símbolos, signos o significados que nos permiten darle orden y sentido a nuestra existencia. Estos símbolos vienen dados por la cultura de nuestra nación (idioma, costumbres, valores, religión, símbolos patrios, etc.), pero estos símbolos no siempre se acoplan al individuo del modo más conveniente.

Tal como lo demuestra Diaz-Guero (1994) en los perfiles de personalidad del mexicano, las condiciones sociales, políticas, económicas y educativas del país generan rasgos de personalidad que

pueden llegar a volverse caracteropatías. Una explicación de este fenómeno lo aporta Erikson (citado en Lowe, 1984), al mencionar las crisis que acompañan a las fases del desarrollo de la personalidad. Para que un mexicano pueda superar con éxito las fases que indica Erikson se requieren de una serie de condiciones de crianza, económicas, y culturales específicas que difícilmente se cumplen. Esto es confirmado también por los estudios de Mejía-Arauz (2015), en donde indican una estrecha correlación entre las condiciones socioculturales y el adecuado desarrollo de habilidades sociocognitivas y de control emocional en niños mexicanos.

Tal y como lo indican Sosa, Bellelli & Bakhurst (2008), los mexicanos hacemos uso de los símbolos y los estereotipos nacionales para completar las carencias en el desarrollo de nuestra identidad que nuestra crianza y nuestro contexto social inmediato no pudieron aportar. Los estudios de Tajfel (1981) validan este fenómeno al explicar la formación del autoconcepto individual como consecuencia directa de la significación emocional que se desarrolla al pertenecer a determinados grupos sociales.

En el campo de la política, tanto Aceves (2004) como Béjar & Rosales (1999), indican una actitud pseudo-paternalista por parte de los líderes políticos que han gobernado el país desde inicios del siglo XX. En poblaciones con rasgos pasivos y derrotistas, la figura de un líder que funga más como patriarca que como político suelen ser más populares. De acuerdo a lo que menciona Castrejón (1995), estos rasgos autodenigratorios, que parecen ser generales en la psique colectiva de los mexicanos, se originan en la concepción de la historia de México en donde predomina una ideología europea que considera a los nativos como seres culturalmente inferiores, y a su vez trata de emular o imitar aspectos culturales de distintos países del viejo

continente, tales como España, Francia, Inglaterra, entre otros.

Esta transculturación, y la diversidad de culturas que se derivan del mismo fenómeno, se explican a través de los escritos de Santiago Ramírez (2004) quien indica que diversas condiciones históricas como el nacimiento de los mestizos, la migración de familias peninsulares y el transporte de esclavos africanos tuvieron un impacto profundo y significativo en la identidad de los mexicanos, incluso desde antes de que México fuera considerada como nación, lo cual sentó las bases para las identidades múltiples que hasta hoy en día vemos en la sociedad mexicana.

Y al final, el lugar en donde realmente se manifiestan las consecuencias de esta amalgama de identidades culturales y étnicas es en la psique de cada uno de los mexicanos, donde persiste el conflicto interiorizado entre la cultura originaria y las extranjeras dentro de cada uno de nosotros; y ese conflicto debe hacerse consciente para poder ser resuelto.

Al respecto de esto último, me gustaría recomendar que futuros trabajos relacionados a este tema se enfoquen en la resolución de este conflicto interno, especialmente en trabajos con un enfoque dentro de la psicología clínica, ya que esta tesis demuestra que gran parte de las razones por las cuales en México existen pacientes con rasgos caracteropatológicos se derivan de una distorsión identitaria que muchas veces se originan en ideologías, agendas políticas y, principalmente, carencias en la crianza.

BIBLIOGRAFIA

- Aceves, M. (2000). *Alquimia y Mito del Mexicano: Aproximaciones desde la psicología de C.G. Jung*. México D.F.: Grijalbo.
- Alaña Castillo, T., Capa Benítez, L. B., & Sotomayor Pereira, J. (2017). Desarrollo sostenible y evolución de la legislación ambiental en las MIPYMES del Ecuador. *Universidad y Sociedad [seriada en línea]*, 9 (1), 91-99.
- Altarejos, F., & Rodríguez, A. (2004). Identidad, coexistencia y familia. *ESE: Estudios sobre educación*, 105-118.
- Alterman, M. (2008). *La Identidad del Rol Sexual: Los vínculos entre el hombre y la mujer*. España: Lugar Editorial.
- Bandura, A., & Walters, R. H. (1963). *Aprendizaje Social y Desarrollo de la Personalidad*. México D.F.: Alianza.
- Barcelata, B., & Alvarez, I. (2005). PATRONES DE INTERACCIÓN FAMILIAR DE MADRES Y PADRES GENERADORES DE VIOLENCIA Y MALTRATO INFANTIL. *Acta Colombiana de Psicología*, 35 - 45.
- Bartolomé, M. A. (1997). *Gente de Costumbre y Gente de Razón*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Béjar, R., & Rosales, H. (2002). *La identidad nacional mexicana como problema político y cultural. Los desafíos de la pluralidad*. Cuernavaca: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Brod, H., & Kaufman, M. (1994). *Masculinity as Homophobia. Fear, Shame and Silence in the Construction of Gender Identity*. United States of America: Sage.
- Canto, E., Salazar, M., Serino, M., & Martínez, V. (2014). Herramientas estratégicas para la mejora del clima organizacional. *RAGC*, v. 1, n. 4, 19-40.
- Castrejón Diez, J. (1995). *La Política según los mexicanos*. México, D.F.: OCEANO DEMEXICO, S.A. DE C.V.
- Daros, W. (2005). El problema de la identidad: Sugerencias desde la filosofía clásica. *Invenio*, 31-44.

- Díaz-Guerrero, R. (1994). *Psicología del mexicano: descubrimiento de la etnopsicología*. México: Trillas.
- Díaz-Guerrero, R. (2003). *Bajo las Garras de la Cultura: psicología del mexicano 2*. México: Trillas.
- Española, R. A. (2014). *Diccionario de la Real Academia Española*. Madrid: Espasa Libros.
- Flores, M. M. (2011). La cultura y las premisas de la familia mexicana. *Revista Mexicana de Investigación en Psicología*, 148-156.
- González, M. E. (2011). Identidad: un proceso constante, dinámico y fluido. *Revista Universitaria de Investigación y Diálogo Académico, Volumen 7*, 19-28.
- Hernández, D. (2016). Una interpretación compleja de la relación entre el contexto histórico y el proceso psicológico de construcción de la identidad en las y los mexicanos. *Tesis*. Los Reyes Iztacala, Estado de México, México: FES Iztacala.
- Hernández-Sampieri, R., Fernández-Collado, C., & Baptista-Lucio, P. (2010). *Metodología de la Investigación*. México, D.F.: McGraw Hill.
- INEGI. (31 de Octubre de 2016). *INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA Y GEOGRAFÍA*. Obtenido de Consulta interactiva de datos: Defunciones por homicidios: <http://www.inegi.org.mx/sistemas/olap/proyectos/bd/continuas/mortalidad/defuncioneshom.asp?s=est#>
- Jorquera, R. (2012). Autoconcepto e identificación social urbana en la ciudad de Copiapó, Chile. *SUMMA PSICOLÓGICA UST*, 33-46.
- Kuhn, T. S. (1962). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- López-Ramos, S. (2012). *Una formación metodológica en psicología*. Tlalnepantla: UNAM.
- Lowe, G. R. (1984). *El desarrollo de la personalidad: De la infancia a la senectud*. Madrid: Alianza Editorial S A Madrid.
- Maier, H. W. (2003). *Tres teorías sobre el desarrollo del niño: Erikson, Piaget y Sears*.

Buenos Aires: Amorrortu.

Marin Ardila, L. F. (2007). La noción de paradigma. *Signo y Pensamiento*, vol. XXVI, 34-45.

Massot, I. (2003). *Jóvenes entre culturas: La construcción de la identidad en contextos multiculturales*. Madrid, España: Desclée de Brower.

Mednick, S. A., Higginns, J., & Kirschenbaum. (1981). *Psicología: Exploración en el campo de la conducta y la experiencia*. México: Diana.

Mejía-Arauz, R. (2015). *Desarrollo psicocultural de niños mexicanos*. Guadalajara, Jalisco: ITESO.

Mercado, A., & Hernández, A. V. (2010). El Proceso de Construcción de la Identidad Colectiva. *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, 229-251.

Morín, E. (1977). *El método I. La naturaleza de la naturaleza*.

Madrid: Ediciones Cátedra. Morin, E. (1986). *El método I: la naturaleza de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.

Morin, E. (1990). *Introducción al Pensamiento Complejo*.

París: Gedisa Editorial. Morin, E. (2004). *Introducción al pensamiento complejo*. México D.F.: Gedisa.

Mosterín, J. (2003). La insuficiencia de los paradigmas metafóricos en psicología. *REV. Asoc.*

Esp. Neuropsiq. no.85, 89-104.

Munné, F. (2004). El Retorno de la Complejidad y la Nueva Imagen del Ser Humano: Hacia una Psicología Compleja. *Revista Internacional de Psicología/International Journal of Psychology*, 23-31.

Observatorio Económico de México. (2018). *En cifras, ¿cómo vamos?* Ciudad de México: Ultradigital Press.

Pirrone, G. (2005). El estado como constructor de la identidad nacional. *Question*.

Preston, J., & Dillion, S. (2004). *El Despertar de México: Episodios de una Búsqueda de la Democracia*. New York: OCEANO.

- Ramírez, L., Pérez, E., García-Oscos, F., Salgado, H., Atzori, M., & Pineda, J. (2018). Lanueva teoría de la depresión: Un balance del ánimo entre el sistema nervioso y el sistema inmune, regulada por la relación serotonina/kinurenina y el eje HPA. *Biomédica*, 1-49.
- Riding, A. (1984). *Vecinos Distantes. Un retrato de los mexicanos*. Tabasco: Joaquín Mortiz /Planeta.
- Rottenbacher, J. M., & Espinosa, A. (2010). Identidad nacional y memoria histórica colectiva en el Perú. Un estudio exploratorio. *Revista de Psicología*, 150-174.
- Ramírez, S. (2004). *El mexicano, psicología de sus motivaciones*. Mexico: Debolsillo Sapien, J. S., & Córdoba, D. I.
- (2011). *Diferencias Sexuales entre Hombres y Mujeres*. Tlalnepantla: Facultad de Estudios Superiores Iztacala.
- Sayago, S. (2014). El análisis del discurso como técnica de investigación cualitativa y cuantitativa en las ciencias sociales. *Cinta Moebio*, 1-10.
- Scandroglio, B., López-Martínez, J. S., & San José Sebastián, M. C. (2008). La Teoría de la Identidad Social: una síntesis crítica de sus fundamentos, evidencias y controversias. *Psicothema*, 80-89.
- Sierra, A., & Pérez, M. (2014). El papel de los esquemas cognitivos y estilos de parentales en la relación entre prácticas de crianza y problemas de comportamiento infantil. *Avances en Psicología Latinoamericana*, 389-402.
- Sosa, A., Bellelli, G., & Bakhurst, D. (2008). Representaciones del pasado, cultura personal e identidad nacional. *Educação e Pesquisa*, 167-195.
- Tajfel, H. (1981). *Human groups and social categories*. Cambridge: Cambridge University Press.